

Humphrey *Ingrid* *Paul*
BOGART · BERGMAN · HENREID



CLAUDE RAINS



CONRAD VEIDT



GREENSTREET



PETER LORRE



CASABLANCA

The main illustration shows a man in a light suit embracing a woman in a white dress. In the background, there is a stylized cityscape with domes and a minaret, a palm tree, and an airplane in the sky. At the bottom, a boat is on the water.



EDICIONES BISTAGNE

EDICIONES ESPECIALES
CINEMATOGRAFICAS

Pasaje de la Paz, 10 bis — Teléfono 18841 — Barcelona

Casablanca

Magnífico asunto, de éxito excepcional

Guión de

JULIUS J. y PHILIP G. EPSTEIN y HOWARD KOCH

Obra dramática de

MURRAY BURNETT y IOAN ALISON

Dirección

MICHAEL CURTIZ

Producción

R. 12.410



REPARTO

Rick	Humphrey Bogart
Hsa Lund	Ingrid Bergman
Victor Laszlo	Paul Henreid
Capitán Louis Renault	Claude Rains
Comandante Strasser	Conrad Veidt
Señor Ferrari	Sydney Greenstreet
Yugarty	Peter Lorre
Carl	S. Z. Sakall
Vyonne	Madaline Le Beau
Sam	Docley Wilson
Annina Brandel	Joy Page
Sacha	Leonid Kinskey

Argumento narrado por
Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN

Vda. J. Ferrer Cobi : Valencia, 197 : Barcelona

CASABLANCA

ARGUMENTO DE LA PELICULA

CAPITULO PRIMERO

DOS PASAPORTES

El mayor Strasser cruzó una pierna sobre otra y encendió un cigarrillo, el último antes de que el aparato aterrizara en el aeródromo de Casablanca. A través de la ventanilla podía ver las blancas cúpulas de los edificios de la ciudad marroquí y los altos alminares del barrio de la Medina.

A lo lejos, cabrilleaban las aguas del Atlántico y unas verdes palmeras se balanceaban junto a la muralla de la ciudad vieja. Pero el mayor Strasser, gran viajero, no admiraba en aquel momento el paisaje ni el exotismo de la famosa capital africana.

Estaba demasiado preocupado por el asunto que lo llevaba a Casablanca, para perder el tiempo en vagas consideraciones estéticas. El era, simplemente, un militar que tenía una misión que cumplir, no un vulgar turista. Acababan de asesinar a dos de sus correos, en el desierto no ocupado. Y el

asesino se había dirigido a Casablanca. Era preciso detenerlo y recobrar cuanto antes los dos pasaportes, firmados por el mismo general Weygand. Eran documentos excepcionales, puesto que no podían ser anulados por nadie. Y, además, estaban en blanco, es decir, que podían ser extendidos a nombre de cualquiera.

Se imponía terminar con la anómala situación de Casablanca. La ciudad se había convertido en el refugio de todos los fugitivos de Europa que buscaban un pasaporte para trasladarse a Lisboa y a América después. El mayor Strasser cerró los puños con fuerza. Sabía que en Casablanca se conspiraba. Había allí muchos partidarios de la Francia Libre y de los ingleses, y el representante del Tercer Reich se proponía terminar con aquel estado de cosas.

Poco antes, mientras el avión volaba por la costa, había perdido

escuchar, gracias a la radio, el mensaje transmitido a través de la emisora de la policía de Casablanca:

"A todas las estaciones... Acaban de ser asesinados en el tren de Orán dos correos alemanes portadores de importantes documentos. Se supone que el asesino y sus cómplices se dirigen a Casablanca. Vigilen a todas las personas sospechosas y registrenlas, en busca de los documentos robados. ¡Importante!"

Mientras la orden se cumplía a rajatabla, no dejando hueco por registrar ni sospechoso o recién llegado por detener, a sangre y fuego al menor intento de evasión, con el consiguiente pánico en toda la ciudad, donde campeaban los más audaces y pintorescos ratones, que vaciaban diestramente los bolsillos de muchos incautos, Strasser sonreía ligeramente al recordar el categórico mensaje, redactado, naturalmente, por el prefecto de policía de Casablanca. ¿Cómo sería el capitán Louis Renault? ¿Uno de aquellos oficiales franceses que ocultaban el odio y la traición bajo una máscara de cortesía?

¡Bah! Eso importaba poco. El sabría dominarlo con mano dura. Y, sobre todo, debía impedir que

aquel maldito Víctor Laszlo pudiera salir de la ciudad, en caso de que ya hubiera llegado a Casablanca. Allí terminarían definitivamente sus aventuras.

Se interrumpió el curso de sus pensamientos al darse cuenta de que el poderoso aparato empezaba a descender. El calor era sofocante y el sol brillaba como una bola de fuego sobre los blancos tejados de la ciudad. En el aeródromo había algunos hombres formados.

—La misión alemana en Casablanca y las autoridades locales— pensó Strasser.

Se puso la gorra de uniforme, recogió la cartera de cuero donde llevaba sus documentos y esperó. El aparato describió un círculo sobre la ciudad y luego aterrizó suavemente.

En cuanto el aparato se hubo detenido, el ayudante de Strasser abrió la portuella y el mayor, aun algo aturdiido por el continuo zumbido de los motores, se puso en pie para descender del aparato.

—¡Atención! — gritó un oficial francés.

El capitán Heinze — hombre gordo, calvo y con gafas — se acercó a la escalerilla del avión y saludó a su superior jerárquico.

—Encantado de volver a saludarle, mayor Strasser—dijo.

—Gracias, muchas gracias—respondió él estrechando su mano.

—Le presento al capitán Louis Renault, prefecto de policía de Casablanca—añadió Heinze mientras un oficial francés, de mediana estatura, se acercaba al comandante alemán.

—La Francia no ocupada le da la bienvenida a Casablanca—dijo Renault llevando la mano a la visera de su gorra, graciosamente inclinada sobre su oreja derecha.

—Gracias, capitán... Encantado de encontrarme aquí—contestó el mayor fijándose en aquel hombre. Parecía simpático, alegre y sincero. Pero Strasser habíase acostumbrado a no confiar demasiado en nadie.

El capitán Louis Renault le presentó a su teniente ayudante y, luego, al agregado italiano, el capitán Tonelli, que apenas mereció un seco saludo por parte del mayor, el cual empezó a caminar al lado de Renault, por entre una fila de soldados indígenas que presentaban armas.

El oficial italiano, tercamente, intentó situarse al lado del mayor, pero el ayudante de Renault, que no se quedaba nunca corto en di-

rigirle pullas por su incorregible locuacidad, logró convencerlo para que no se pusiera en ridículo, pues ya veía el maldito caso que le hacía y le había de hacer Strasser, al cual Renault decía en aquel momento:

—Tal vez encuentre algo caluroso el clima de Casablanca, mayor.

—¡Oh, los alemanes debemos acostumbrarnos a todos los climas! Desde el de Rusia hasta el del Sahara... Pero tal vez usted no se refería al clima, ¿verdad?

—¿A qué, pues, mayor?

—Pensaba en el asesinato de los dos correos—respondió Strasser con acento hostil en la voz.—¿Qué medidas han tomado?

—Dada la importancia del caso—contestó Renault ligeramente—, mis hombres hicieron una batida extraordinaria de sospechosos.

El capitán Heinze intervino, obsequioso, en la conversación, diciendo:

—Ya se sabe quién es el asesino.

—¿Y aun no ha sido detenido?—replicó Strasser, sorprendido.

—No hay prisa. Esta noche lo encontraremos en Rick's. Todo el mundo va al Rick's.

—Sí, ya he oído hablar de ese

café. Y también de su dueño, el señor Rick—dijo Strasser pensativo antes de subir al automóvil

de la Prefectura que había llevado a su alojamiento en Casablanca.

. . .

Cuando llegaba la noche, Casablanca cobraba nueva vida. El ojo del faro del campo de aviación en su continuo girar parecía circularle de vigilancia, como hurgando en todas partes, sin descanso. La muerte y la aventura salían a sus estrechas calles. En el cielo azul parpadaban las estrellas pero los hombres de Casablanca no se preocupaban de la belleza del cielo. Todos tenían el pensamiento fijo en sus proyectos, en sus negocios o en el peligro que corrían. Los fugitivos y desertores abandonaban sus escondites, temiendo constantemente ser detenidos por la policía. Los negociantes del mercado negro, los que proporcionaban pasaportes a los que querían embarcar hacia América, recibían a sus clientes, exigiendo el pago en metálico de los valiosos documentos. Y todos ellos, perseguidos y perseguidores, víctimas y verdugos, se reunían en el Café

Americano de Rick, aquel hombre amargo, escéptico y desprovisto de amigos que regentaba con mano de hierro su lujoso establecimiento, donde se jugaba a la ruleta y donde también se daban cita cuantos deseaban divertirse u olvidar la angustia que los oprimía.

En la sala general, la gente bailaba o escuchaba las canciones de Sam, el negro que manifestaba una fidelidad tan afectuosa como absoluta por Rick. En otra sala, más recogida, se hallaba la ruleta. El juego del establecimiento se había instalado ante una mesa con un tablero de ajedrez y una copa de champaña. Jugaba solo, vigilando a los clientes que entraban o salían. Los desconocidos eran detenidos por Abdul, un árabe alto y gordo que consultaba con una mirada a Rick. Si éste meneaba negativamente la cabeza, el intruso no podía franquear el um-

bral y debía renunciar a perder su dinero en la ruleta.

Carl, el gordo y bondadoso camarero del Rick's, iba de un lado a otro sirviendo las consumiciones que le pedían. Una mujer muy hermosa, que estaba jugando con otras señoras y un par de caballeros, hizo un gesto a Carl para decirle, señalando al dueño de la sala de juego:

—¿Quiere usted decir a Rick que venga a beber una copa con nosotros? Parece un hombre tan interesante...

—No acostumbra beber con sus clientes, señora. Nunca, nunca lo ha hecho—respondió Carl dejando una tazas de café sobre la mesa.

—¿Por qué serán tan orgulloso los dueños de los cafés como este?—preguntó aquella señora extranjera, sin poder ocultar su despecho.

Uno de sus compañeros, hombre ya entrado en años y muy bien vestido, sugirió, dirigiéndose a Carl:

—Quizá si usted le indica que soy el director de la segunda gran banca de Amsterdam...

—¿De la segunda?—respondió Carl sonriendo—. No, señor, con eso no lograría impresionar a Rick. El director de la primera gran banca de Amsterdam traba-

ja aquí como jefe de repostería de nuestra cocina.

—¡Oh!—exclamó el banquero consternado.

—¡Bonito porvenir nos aguarda!—comentó la señora haciendo una mueca de disgusto.

—Y su padre es el botones—añadió Carl echándose a reír.

Richard Blaine, o Rick, como era más conocido, aun era un hombre joven, pero su rostro expresaba la amargura que dominaba su carácter. Muy pocas lo habían visto sonreír y todos, en cambio, estaban convencidos de que era un hombre peligroso, cuya historia debía de ser bastante extraordinaria. Nadie, sin embargo, se atrevía a importunarlo con su curiosidad. Por lo menos dentro de su local, era el dueño absoluto y se hacía respetar por sus hombres que, además, lo servían con extrema fidelidad.

En aquel momento, Abdul cedía el paso a una pareja y a continuación lo cerraba a un elegante caballero, obediendo a un gesto negativo de Rick. El extranjero no se conformó fácilmente y empujó la puerta, dispuesto a entrar en el establecimiento aunque fuera a la fuerza. Rick, sin apresurarse, se situó ante él, diciéndole:

—Lo siento, señor. Es una sala particular.

—¿Cómo se atreve?— contestó el otro, indignado—. ¿Quién se figura que soy? Sé que ahí dentro se juega. No es ningún secreto.

—Lo siento. No puede usted pasar— contestó Rick rompiendo en dos la tarjeta que el recién llegado acababa de entregarle.

—Estuve en todas las salas de juego, desde Honolulu a Berlín... Y si creen que me impedirán la entrada aquí, están muy equivocados.

—Usted perdona— dijo en aquel momento un asiduo de la casa, llamado Yugarty, empujando al enojado caballero para penetrar en la sala de juego—. ¡Hola, Rick!

—¡Hola!— contestó éste, sin que su voz manifestara la menor cordialidad. Se volvió luego al importuno—: Gástese su dinero en el bar... y muchas gracias de que lo admitan allí.

—¡Esto es un insulto!— respondió aquel hombre, arrojando al aire los pedazos de la tarjeta que le devolviera Rick—. ¡Lo comunicaré al *Angriff!* (1).

Abdul cerró la puerta y el atestado Yugarty, de aspecto servil y poco digno de confianza, se acercó

a Rick, y sentados ambos a la mesa donde se hallaba el tablero de ajedrez, lo saludó, sin dejar de observar sus menores reacciones:

—¿Sabe usted, Rick, que viéndolo tratar a esos banqueros, cualquiera diría que no ha hecho otra cosa en su vida?

—¿Y por qué le parece imposible tal cosa?

—Por nada...— contestó Yugarty azorado—. Verá usted, cuando llegué a Casablanca, creí que...

—¿Qué?

Yugarty se echó a reír, tomó de manos del camarero una copa de licor y dijo riéndose:

—No tengo derecho a creer nada. — Luego, bajando la voz, comentó—: ¡Pobres correa alemanes! Ha sido una desgracia, ¿verdad?

—Por el contrario. Han tenido suerte. Ayer eran un simple par de empleados alemanes... Hoy son dos héroes muertos.

—Es usted un cínico, Rick. ¿No le molesta mi observación?

—No me importa — dijo Rick encogido de hombros.

—¿Quiere usted tomar algo conmigo?

—No, gracias.

—Otra copa para mí, camarero— pidió Yugarty y, mirando de soslayo a Rick, comentó—: Ya sé

(1) Ministerio Alemán de Asuntos Exteriores.

que no bebe nunca con sus clientes. Usted me desprecia, ¿verdad?

—Es posible que sí, en caso de que alguna vez piense en usted.

—A causa de los negocios a que me dedico, ¿no? Pero piense usted en todos esos pobres refugiados... Morirían aquí esperando si yo no les ayudara un poco. No es nada grave que les proporcione su pasaporte.

Rick miró con desdén a aquel hombrecillo, cobarde y servil, que hablaba apasionadamente, como si la opinión que pudiera merecer de Rick tuviera la mayor importancia para él.

—Pero, a cambio de eso, usted les cobra una fortuna, Yugarty—dijo al fin.

—Los vendo a un precio mucho más económico que Renault, el prefecto... Yo los doy a quienes no pueden pagar sus precios. No soy un parásito...

—Me repugna esa competencia ruin...

—Tiene usted razón, Rick. Miro, a partir de esta noche, me retiro de este maldito negocio y, por fin, diré adiós a Casablanca.

—¿A quién sobornará para conseguir el salvoconducto?—preguntó Rick irónicamente—. ¿A usted mismo o a Renault?

Yugarty rió nervioso y contestó:

—A mí, Rick. Mis precios me parecen más razonables.

Hizo una pausa y sacó del bolsillo interior de su chaqueta blanca un sobre azulado que mostró a Rick cuando estuvo seguro de que nadie se fijaba en ellos.

—¿Sabe usted lo que es esto?—preguntó—. Salvoconductos como usted no los ha visto nunca. Son dos y están firmados por el general Weygand. No pueden ser invalidados, ni admiten discusiones... Esta noche los venderé por una cantidad fabulosa. Y luego, ¡adiós, Casablanca! Tengo muchos amigos aquí, como ya debe saber, pero, precisamente porque me desprecia, sólo confío en usted... ¿Me hará el favor de guardármelos?

—¿Por cuánto rato?

—Sólo una hora, quizá un poco más.

—No pienso tenerlos toda la noche en mi poder—contestó Rick guardando los documentos en su bolsillo.

—Desde luego, desde luego... Camarero, si vienen unos amigos míos, haga el favor de llamarme—dijo Yugarty poniéndose en pie.

—Un momento—exclamó entonces Rick—. He oído decir que los dos correos alemanes asesina-

des llevaban unos pasaportes especiales...

—¿Qué?—respondió Yugarty—. Sí, yo también lo oí decir. ¡Tómbres diablos! Bueno, si no tiene inconveniente, iré a probar mi suerte en su ruleta.

Yugarty se marchó sin querer dar más explicaciones y Rick salió a la sala general. Un foco giraba iluminando alternativamente al público y a los músicos. Sam y la orquesta acompañaban a una artista en la ejecución de una canción, coreada con entusiasmo por los clientes del café, y Rick, aprovechando un momento de obscuridad, levantó la tapa del piano y dejó en su interior los dos pasaportes, pues era muy peligroso llevarlos encima.

En cuanto se encendieron de nuevo las luces, tuvo que soportar la compañía del señor Ferrari, marroquí notable y jefe del mercado negro de Casablanca, que, una vez más, renovó sus proposiciones de crasypaso del establecimiento de Rick. Este, como en ocasiones anteriores, se negó a seguir hablando del asunto y recomendó a Ferrari que se conformase con "El Loro Azul", local donde aquel orondo y poderoso "caballero" tenía su cuartel general, dedicado al contrabando y a la venta

de pasaportes. El marroquí le propuso entonces que lo cediera al menos a Sam, el magnífico pianista negro, que con sus genialidades animaba el ambiente del salón de baile.

—Se lo vamos a preguntar al interesado—repuso Rick.

Y Sam se negó a abandonar a su jefe, aunque le pagasen el doble.

—¿Si no llevo a gastar lo que usted me da!—exclamó con encantadora franqueza, divigiéndose a Rick.

Por lo que también sobre este punto fallaron los planes del astuto Ferrari.

La animación iba en aumento y Rick descubrió entonces a Yvonne, muchacha lindísima, enamorada de él, que se dedicaba a beber en la barra del local, flirteando con el *barman*, que también sentía el atractivo de aquella coqueta irresistible. Disgustado por su conducta, Rick se acercó para cogerla por el brazo, obligándola a salir a la calle, acompañado por Sacha, el *barman*, ordenándole que se llevara a Yvonne a su casa, a pesar de sus protestas.

—Y vuelve en seguida—ordenó a Sacha y éste dió un suspiro de disgusto, porque estaba enamorado de la muchacha.

—El jefe—gimió el barman, cogiendo del brazo a la hermosa joven, de la que no quisiera separarse nunca, aunque era soñar con la luna, dada su modesta concidencia.

Rick permaneció inmóvil ante la pueria de su café. Quizá amargos recuerdos del pasado cruzaban por su mente. Todo le aburría. Odiaba la vida que llevaba y la gente a quien debía tratar. El reflector del vecino estampo de aviación iluminó por un momento la fachada del café y, gracias a su luz, Rick descubrió al capitán Renault, que se había sentado al aire libre ante un velador.

—¿Qué extravagante es usted—exclamó Renault, que había presenciado la expulsión de Yvonne—al apartar de su lado a una mujer así! Quizá pronto escaseen. ¿Qué le parece si ahora hiciera yo una visita a Yvonne? Tal vez a causa del despecho me reciban bien.

—En lo que respecta a las mujeres, es usted un verdadero demócrata—contestó Rick sentándose al lado del prefecto.

Conocía la afición que Renault tenía por las mujeres bonitas y le molestaba ver cómo las perseguía, pero, ahora, no estaba de humor para discutir con él.

En aquel momento entraron en el café el teniente ayudante de Renault y el oficial italiano continuando sus eternas discusiones respecto a lo hecho por cada una de sus naciones por la guerra.

Del campo de aviación despegó un avión de pasajeros y Renault, al verle remontarse en el espacio, comentó con acento significativo:

—El avión para Lisboa... ¿le gustaría ir en él?

—¿Yo? ¿Qué hay de particular en Lisboa?

—El Clipper para América—contestó Renault—. Muchas veces me he preguntado, Rick, por qué no regresa a los Estados Unidos... ¿Huyó usted con los fondos de la Iglesia, se fugó con la esposa de un senador, o quizá mintió a un hombre...?

—Fue una combinación de las tres cosas—replicó Rick con amargura y escepticismo.

—¿Por qué diablo vino a Casablanca?

—A causa de mi salud—mintió Rick—. Vine a Casablanca atraído por la fama de sus aguas.

—¿Qué aguas? Eso es casi el desierto—exclamó Renault, mirando a aquel hombre extraño e impenetrable que rehuía toda confianza y no facilitaba jamás el acceso a su espíritu.

—Me informaron mal — contestó Rick irónicamente.

—Perdón, *monsieur* Rick... — murmuró el *croupier* de la sala de juego aproximándose a su patrono... un caballero acaba de ganar veinte mil francos. El cajero necesita fondos...

Renault se echó a reír al darse cuenta de la turbación del banquero, pero Rick, sin manifestar la menor emoción, contestó:

—Bien, no se preocupe. Los sacaré de la caja fuerte.

—No sabe cuánto lamento lo ocurrido. No volverá a ocurrir, se lo aseguro.

Rick se puso en pie y, seguido por el *croupier* y por Renault, se dirigió a su oficina, situada en el piso superior del establecimiento, al que se subía por una escalera que iba desde la sala a aquel despacho, junto al cual Rick tenía sus habitaciones. Comprendió que el prefecto deseaba hablar con él y, después de entregar veinte mil francos al *croupier*, que parecía anonadado por su fracaso, cerró la puerta y miró a Renault, que dijo:

—Rick, va a ocurrir algo emocionante. Vamos a arrestar un hombre en su café.

—¿Otro arresto?

—No es como los de costumbre.

Este será por asesinato. Si está pensando en avisar al criminal, no lo intente. No puede escapar.

—Yo no me arriesgo por nadie —replicó Rick con altivo desdén.

—Prudente política extranjera —rió Renault—. Podíamos haber efectuado el arresto esta tarde en "El Loro Azul", de Ferrari, pero, en consideración a usted, lo haremos aquí, proporcionando alguna distracción a sus clientes.

—Ya tenemos bastantes diversiones—gruñó Rick.

—Esta noche tendremos un huésped importante. Nada menos que el mayor Strasser, del Tercer Reich—añadió Renault—. Queremos que esté presente cuando efectuemos la detención. Será una pequeña demostración de mi eficiencia.

—¿Y qué hace Strasser aquí? Supongo que no habrá venido únicamente para que usted pueda demostrarle su eficiencia.

—Tal vez no.

—Louis, si quiere usted algo, ¿por qué no habla claro? —pregustó Rick, dándose cuenta de la rotundidad de su amigo.

—Lo cierto es que quería darle un pequeño consejo. Sé que aquí se venden muchos pasaportes, pero también sé que usted no ha vendido ninguno.

Rick, sin contestar, sirvió una copa de coñac al prefecto, que siguió diciendo:

—Por esa razón aun no le hemos cerrado el establecimiento.

—Yo creí que era porque le dejó ganar a la ruleta —replicó el dueño del café.

—Esa es otra de las razones —admitió Renault con el mayor cinismo—. Araba de llegar un hombre a Casablanca, de paso para América. Ofrecerá una fortuna a cambio de un pasaporte.

—¿Cómo se llama?

—Victor Lazzlo.

—¿Victor Lazzlo! —exclamó Rick sinceramente asombrado al oír aquel nombre famoso.

Victor Lazzlo, en efecto, se hizo célebre en toda la Europa ocupada por los alemanes gracias a la valentía con que supo burlar su persecución. Organizó fuerzas de patriotas en todos los países y siempre se escapó por entre las manos de los agentes de la Gestapo.

—Rick—dijo Renault con acento burlón—, ésta es la primera vez que lo veo impresionado.

—Lazzlo consiguió impresionar a medio mundo.

—Y mi deber es procurar que no impresione al otro medio. Lazz-

lo no debe llegar a América. Se quedará en Casablanca.

—Será interesante ver cómo se escape de sus redes.

—Es inútil. Huyó de un campo de concentración y los alemanes lo han perseguido por toda Europa.

—Le apuesto veinte mil francos a que sale vencedor—dijo Rick de pronto.

—¿En serio?

—Acabo de perderlos en la ruleta y quiero recobrarlos.

—Acepto. Pero solo diez mil. Soy un funcionario corrompido, pero algo pobre. Perderá usted su dinero. Lazzlo necesitará un visado de salida... es decir, dos.

—¿Per qué dos?

—Viaja con una señora.

—Se contentará con uno—dijo Rick enrojeciéndose de hombros.

—No lo creo. Vi a esa mujer. Si no la abandonó en Marsella ni en Orán, tampoco la dejará en Casablanca.

—Tal vez él no sea tan romántico como usted.

—Eso no importa—dijo el prefecto—. Lazzlo no tendrá su pasaporte.

—¿Y qué le hace suponer que yo deseo ayudar a ese hombre?

—Sospecho que, bajo esa correa de cinturón, es usted un sentiment-

tal. Conozco su historia, Rick. En el año treinta y cinco introdujo fusiles en Etiopía...

—Lo advierto que me pagaron bien — le interrumpió Rick sonriendo levemente.

—Los vencedores la hubiesen pagado mejor.

—Es posible... Bien — añadió Rick poniéndose en pie—, al parecer se ha empeñado en retener aquí a Laszlo.

—He recibido órdenes...

—Comprendido. Prestiones de la Gestapo, ¿no?

—Amigo Rick — exclamó Renault enfáticamente—, exagera usted la influencia de la Gestapo.

Yo les dejo en paz y ellos no se meten conmigo. En Casablanca se obedecen mis órdenes. Aquí manda el capitán...

Se abrió de repente la puerta del despacho y en su umbral apareció el teniente Casello, ayudante de Renault. Y, saludando, interrumpió la frase de su superior diciendo:

—Ha llegado el mayor Strasser.

—¿Decía usted algo— preguntó Rick sonriendo al ver la rapidez con que Renault se dirigía al encuentro del militar alemán.

—Usted perdone— dijo el prefecto saliendo del despacho de Rick.

CAPITULO II

VICTOR LASZLO E ILSA LUND

El capitán Louis Renault, prefecto de policía de la ciudad de Casablanca, descendió rápidamente el tramo de escalera que conducía a la sala general del Café de Rick. En su rostro se expresaba cierta preocupación: ante lo que se avecinaba, pero pronto vol-

vió a sonreír al ver al mayor Strasser que, acompañado por el capitán Heinz, penetraba en el establecimiento. Al pasar junto a Carl, el gordo y amable camarero, Renault le dijo:

—Dé una buena mesa al mayor, Carl. Una cercana a las señoras.

—Ya lo hice, señor—contestó el camarero haciéndole un guiño—. Sé que es alemán y que la hubiese tomado de todos modos.

—Muy bien.

Renault, antes de reunirse con Strasser, dió algunas órdenes a sus agentes para que efectuasen la detención del asesino y, luego, acercándose a la mesa de los dos alemanes, dijo:

—Buenas noches, señores.

—Buenas noches, capitán—respondió Strasser—. Champaña y caviar—ordenó volviéndose al camarero que esperaba sus instrucciones.

—Permítame recomendarle Viuda Cliquot, del veintiséis. Un excelente champaña francés.

Y en cuanto el camarero se hubo alejado, Renault añadió:

—Es un placer tenerlo entre nosotros, mayor.

—Gracias — contestó Strasser. Dirigió una mirada a su alrededor, comentando:— Parece un lugar muy interesante.

—Lo es, mayor. Y dentro de unos minutos verá usted al hombre que mató a sus dos correos.

—No esperaba menos de usted, capitán.

La animación alrededor de la ruleta era extraordinaria. El crupier hacía rodar la bola de la

suerte que sólo por excepción beneficiaba a algún cliente. El dinero, como suele ocurrir en tiempos de guerra, corría generosamente y todos los ojos seguían los saltos de la bolita de marfil que parecía complacerse en chasquear a los que más billetes de banco exponían.

Yugarty, inquieto como una ardilla, jugaba apasionadamente, sin preocuparse del número ni qué apostaba, pero la fortuna le sonreía, proporcionándole buenas ganancias, a las que apenas prestaba atención. Esperaba de un momento a otro que un camarero le anunciase la llegada del hombre que debía pagarle una suma fabulosa por los dos pasaportes que entregara a Rick y, ante la importancia de aquella jugada, que le permitiría abandonar Casablanca, la ruleta le parecía algo desprovisto de emoción.

Y, en el momento en que recogía algunas fichas que acababa de ganar, una pesada mano se posó en su espalda mientras la voz de un agente de policía preguntaba:

—¿Monsieur Yugarty...?

—¿Eh?—contestó éste estremeciéndose, al darse cuenta de que su vida se hallaba en peligro.

—Hará el favor de acompañar-

nos — dijo el policía con seco acento.

—¡Oh, sí, desde luego...!— tartamudeó Yugarty sintiendo que su frente se inundaba de sudor frío ante la proximidad de la muerte.

Era terrible ver como lo alcanzaba el fracaso en el momento en que se disponía a retirarse, ya enriquecido por sus negocios. Pero, aun entonces, sabiendo lo que iba a ocurrir, pudo murmurar con una sonrisa de conejo:

—Me permiten que cambie mis fichas, ¿verdad? He tenido suerte, ¿eh? — añadió acercándose a la caja.

Los agentes de policía no respondieron y Yugarty, mientras esperaba el cambio en billetes, dirigió una mirada hacia la puerta que daba paso a la sala general. Estaba entreabierta, pero cuatro policías la guardaban. Yugarty recogió los billetes y echó a andar pausadamente, para no despertar las sospechas de los dos hombres que lo escoltaban.

Pero, al llegar a la puerta, tomó una rápida decisión. Echó a correr, cerró la puerta a su espalda, sin hacer caso de los gritos de los agentes, y empuñó su pequeño revólver.

La puerta se abría a pesar de sus esfuerzos y entonces emprendió

una rápida carrera, volviéndose para disparar dos o tres veces.

Oyó los gritos de agonía de dos de los agentes y los chillidos de espanto de las mujeres que llenaban el Café de Rick.

Este en persona se situó ante Yugarty, quien, livido de terror, desesperado y casi loco, se abrazó a él suplicándole:

—¡Ayúdeme, Rick, ayúdeme...!

—No sea loco, Yugarty — contestó Rick con la mayor frialdad y desprecio—. No podrá huir.

Los agentes se aproximaban rápidamente y, en breve, redujeron a la impotencia a Yugarty que chillaba aterrorizado, pidiendo una ayuda que ya nadie podía prestarle.

—¡Rick... Rick...! ¡Ayúdeme...!

—¡Cállese!—respondió el dueño del local, mientras los policías se llevaban a rastras al asesino.

Algunos de los que se hallaban a corta distancia de Rick no dejaron de manifestar su extrañeza por la indiferencia manifestada por Rick, y uno de ellos, un hombre alto y de rostro enjuto, le dijo con gravedad y reproche:

—Espero que cuando me toque a mí el turno, me ayudará usted mejor.

—No acostumbro arriesgarme

por nadie... — repuso secamente Rick, y, acudiendo a serenar los ánimos de sus clientes, iba diciendo a medida que avanzaba por el salón—: Lamento lo ocurrido, señores. Tranquílense ustedes... sigan divirtiéndose. Continúa tocando, Sam—ordenó al negro, que lo obedeció en el acto.

—Lo felicita, capitán — dijo Strasser, tomando una cucharada de caviar, impertérrito en su sitio.

—Ya le dije...—expezó Renault. Pero al darse cuenta de que Rick pasaba a corta distancia de la mesa, lo llamó—: ¡Eh, Rick...! Deseo presentarle al mayor Strasser, del Tercer Reich.

—¿Quiere sentarse con nosotros?—lo invitó el militar alemán.

—Será un honor para nosotros, Rick—añadió Renault, quizá con el deseo de hacer más afable lo que había parecido una orden de Strasser. Y luego siguió diciendo, mientras sonreía—: El mayor Strasser ha contribuido más que nadie a que el Tercer Reich goce de la reputación de que actualmente disfruta.

El mayor miró al prefecto, temiendo ser víctima de una burla, y dijo con sequedad:

—Repito usted "Tercer" Reich

como si esperase que haya otros en el futuro.

—Por mi parte—contestó Renault ligeramente—, me conformaré con lo que venga.

—¿Tendría usted inconveniente en que le hiciera algunas preguntas?—preguntó Strasser volviéndose a Rick—. De modo particular, se comprende...

—Aunque sea oficialmente — contestó el americano.

—¿Cuál es su nacionalidad? — comenzó Strasser sacando una libretita con tapas de piel.

—Soy beodo — respondió Rick muy serio.

—Todos se echaron a reír y Renault exclamó:

—Eso lo convierte en ciudadano del mundo.

—Bien, si les interesa saberlo —añadió Rick—, díje que nací en Nueva York.

—Creo que usted llegó aquí procedente de París, cuando esta ciudad fué ocupada por nuestro ejército—dijo el mayor Strasser.

—Eso no es ningún secreto.

—¿Es usted una de esas personas que no se imaginan a los alemanes en su amado París?—preguntó Strasser sonriendo.

—Le advierto que no es mi amado París.

El capitán Heinze intervino en

la conversación diciendo con acritud:

—¿Se nos imagina a nosotros en Londres?

—Pregántelo cuando lleguen allí— respondió Rick rápidamente, desconcertando a Heinze.

—¿Qué diplomático! — exclamó Renault de buen humor.

—¿Y con respecto a Nueva York? — preguntó Strasser, como si deseara seguir manteniendo la conversación en aquel tono humorístico.

—No sé... Hay ciertos distritos en Nueva York— dijo Rick— que no les aconsejaría que ocuparan.

—¿Caramba! — exclamó Strasser—. ¿Quién cree usted que ganará esta guerra?

—No tengo la menor idea.

—Ya le dije, mayer — observó Renault—, que Rick es completamente neutral... Incluso con las mujeres.

—No siempre fué tan neutro — respondió Strasser abriendo su libreta, una de cuyas páginas empezó a leer—: "Richard Blaine, americano; edad, treinta y siete. No se le autoriza a regresar a su país..." No está muy claro el por qué. También sabemos, señor Blaine, lo que hizo en París y por qué dejó esa ciudad. Pero no se alarme — añadió mientras Rick cogía

la libreta para leer en propia ficha—, no radiaremos nuestros informes...

—¿Tengo realmente los ojos de color castaño obscuro? — preguntó Rick, como si no le importase nada todo lo demás.

Strasser recobró su libreta y, después de beber un sorbo de champaña, añadió:

—Debo usted perdonar nuestra curiosidad, señor Blaine, pero un enemigo del Reich llegó hace poco a Casablanca y nosotros interrogamos a todas las personas cuyos informes puedan ayudarnos.

—Mi interés en si Víctor Laszlo se queda aquí o no, es simplemente deportivo...

—Ya veo que no le interesa la pieza de esta cacería...

—No mucho... pero comprendo el punto de vista de los sabuesos.

Rick pronunció tal respuesta con cierta indiferencia, de modo que Strasser no pudo darse ofendido y siguió diciendo:

—Víctor Laszlo publicó en Praga embustes desatinados hasta el mismo día en que nosotros entramos en aquella ciudad. Luego, escondido en un sótano, continuó imprimiendo hojas clandestinas, plagadas de insultos.

—Debemos reconocer que tiene un valor extraordinario — comentó Renault.

—Confieso que es muy listo. Se nos escapó en varias ocasiones y en París siguió con sus actividades subversivas. Eso no ha de ocurrir otra vez.

—Parfaitement, señores — exclamó Rick poniéndose en pie, como si la conversación lo estuviera

aburriendo—, su tarea es la política; la mía dirigir este café.

—Buenas noches, señor Elaine — contestó Strasser dirigiendo una inclinación de cabeza a Rick.

—Se habrá dado cuenta, mayor — dijo Renault en cuanto el americano se hubo alejado de su mesa—, de que no tiene por qué preocuparse acerca de Rick.

—Ya veremos—contestó Strasser pensativo.



Alto, esbelto, elegante, con una mirada franca y vivaz, aunque un poco fatigada y melancólica, con una cicatriz sobre la ceja y el pelo canoso en las sienes, acaso el único signo éste de todos sus sufrimientos y angustias, así era Victor Laszlo, el jefe de la resistencia tan perseguido y acosado por la Gestapo.

Iba con él, acompañándole, una mujer de bellísima apariencia, con un rostro de expresión dulce, inteligente, serena, de cuerpo flexible y maravillosamente modela-

do bajo un vestido de sobria elegancia.

La aparición de aquella mujer extraordinaria en el café de Rick causó sensación, y fueron muchas las miradas que la siguieron hasta que tomó asiento en la mesa que les ofreció el mayordomo. Acaso el más asombrado, el más sorprendido, el que más hondamente se había sentido emocionado por la presencia de aquella criatura admirable, fué Sam, el negro pianista, que aceleró el ritmo de la canción que estaba tocan-

do, como si un gran nerviosismo se hubiera apoderado de él.

Victor e Ilse permanecían silenciosos, mirando a todas partes, como si buscaran a alguien; en los ojos de él llamaba la luz de la lucha valiente y enconada en que estaba metido; en los de ella había la luminosidad ultraterrestre de un alma elegida que sufre por el presente y añora un pasado perdido para siempre.

En el abigarrado y heterogéneo hormiguero humano que hervía siempre en el café de Rick, la pareja recién llegada llamó pronto la atención de un hombre, modestamente vestido, delgado y pálido, que se acercó a ellos y ofreció, sigilosamente, una sortija que llevaba puesta en el anular:

—Me hace falta dinero y la venderé a buen precio—dijo en voz baja.

Lazlo le miró receloso y replicó secamente:

—No me interesa.

El otro abrió la sortija en forma de sollo y mostró en su interior la Cruz de Lorena grabada en esmalte, la Cruz de Lorena, símbolo de la resistencia francesa. El rostro de Lazlo cambió de expresión y murmuró, también en voz baja y adoptando un aire indiferente para no despertar sospechas en el caso de que fuese espionado:

—Espéreme en el bar; hablaremos con más tranquilidad del asunto.

No imaginaba mal Victor Lazlo al creer que los espían; tenía tal costumbre de sentirse observado constantemente, que vivía siempre en la seguridad de que unos ojos le acechaban y unos pasos le seguían. En cuanto el desconocido de la sortija con la Cruz de Lorena se hubo alejado, se acercó a su mesa el prefecto de policía, aquel zorro de Renault que todo lo olfateaba y todo lo sabía, y con una galantería fingida y una simulada cordialidad, les saludó, presentándose al propio tiempo:

—Monsieur Lazlo... ¿verdad? Yo soy el capitán Renault, prefecto de policía. Quiero darles la bienvenida y desearles una feliz estancia en Casablanca. No estamos acostumbrados a tener visitantes tan distinguidos.

—La actual administración francesa—replicó Lazlo con cierta desconfianza—no es siempre tan cordial... Le presento a la señorita Ilse Lund—añadió.

Renault miró a la mujer con ojos ávidos y llenos de codicia, y, sonriendo, con una inclinación profunda, dijo:

—Me habían asegurado que era usted la mujer más bonita que ha visitado Casablanca; pero puedo

uórmate que se quedaron cortos...

—Arradesco la galantería— replicó Ilsa sonriendo de un modo delicioso.

Renault se sentó a la mesa con ellos y llamó a un camarero:

—Una botella del mejor champaña, Emilio; y ponla en mi cuenta—ordenó.

Y, al advertir que Laszlo quería protestar, levantó una mano para imponerle silencio:

—No se preocupe... Es un juego graciosísimo: la ponen en mi cuenta... y yo rompo la cuenta. Es muy práctico.

Ilsa se rió; pero en su risa había poca alegría; estaba preocupada e inquieta, como si algo la atoaigara. La mirada que se había cruzado entre ella y el negro que estaba tocando el piano, despertó en ella todo un mundo de adormecidos recuerdos que no acababa de concretar.

Intrigada por aquellos ojos que la habían mirado, por aquel rostro que no le era desconocido, segura de que había visto antes de ahora al negro, se atrevió a decir a Renault, disimulando su creciente preocupación:

—No puedo recordar dónde he visto a ese hombre, capitán.

—Vino de París con Rick — se apresuró a responder el prefecto.

—¿No conocen a Rick? Rick es...

—¿Cómo?— inquirió Ilsa al escuchar aquel nombre, en un arranque impetuoso que dominó, quedándose de nuevo en silencio, en espera de que el capitán continuara su explicación.

—¡Oh, *mademoiselle!*... Rick es el tipo de hombre que si yo fuese mujer y no conociera a un servidor — dijo, señalándose graciosamente a sí mismo—, conseguiría enamorarme... ¡Pero qué estúpido soy al hablar así de otro hombre a una mujer tan bonita como usted!

Ilsa se esforzó en esbozar una sonrisa; negros presentimientos se agolpaban tumultuosos en su corazón; el nombre de Rick y el rostro de Sam la habían trasladado a París, a sus días felices, a aquellas semanas de olvido y de entrega total a su propia dicha, a lo que constituía, dentro de su corazón de mujer, el corazón de su vida de mujer. Rick volvía a cruzarse en el camino de su existencia. Era preciso evitarlo... o enfrentarlo, ya que el destino así lo quería.

El mayor Strasser fué a interrumpir los pensamientos de Ilsa y la conversación frívola que sostenía Renault con Laszlo para dar tiempo de poderles presentar al jefe nazi. Al verle llegar hasta la mesa, Renault se puso en pie e hizo las presentaciones en un tono

de mundana cortesía, como si estuvieran en un salón de alta sociedad y no se tuviera allí ni siquiera conocimiento de las palabras espionaje y contraespionaje.

Lazlo no tendió su mano a Strasser, limitándose a saludarle con una leve inclinación de cabeza.

—Es un placer que he esperado largo tiempo — dijo el mayor Strasser—. Conocer a usted, señor Lazlo.

—Creo que sabrá usted perdonar mi frialdad—replicó éste, haciendo alarde de aquella frialdad y de la más correcta indiferencia—. No olvide que soy checoslovaco.

—Lo era—corrigió Strasser—. Ahora es usted súbdito del Reich alemán.

—Nunca he aceptado ese gran honor... y además, ahora, me hallo en territorio francés — arguyó Lazlo con aquel altivo orgullo que le había llevado hasta la jefatura del movimiento europeo antinazi.

—Quisiera discutir algunos puntos con usted acerca de su presencia en Casablanca—atajó Strasser, queriendo desviar la conversación hacia el terreno que a él interesaba, es decir, hacia el terreno de la política por la que él luchaba y servía.

—No es éste el lugar más adecuado para ello—replicó Lazlo,

dando una atipia mirada a su alrededor.

—Bien; nos veremos mañana, a las diez, en el despacho del prefecto... Le esperaré a usted... y a *mademoiselle*.

Lazlo calló un momento y luego, dirigiéndose a Renault, dijo:

—Capitán; estoy bajo su autoridad. ¿Es usted quien ordena que acudamos mañana a su despacho?

—Digamos que yo... *se lo suplico*—contestó el prefecto cortésmente—. Es una palabra más agradable.

—Bien—aceptó Victor Lazlo.

—*Mademoiselle*...—dijo Strasser inclinándose antes de retirarse.

—Estoy asustado Victor—murmuró la joven en cuanto el mayor y el prefecto se hubieron alejado de su mesa.

—No temas. Espera un momento. Voy a hablar con ese hombre de la sortija.

Victor Lazlo se puso en pie y se dirigió al mostrador donde ya le esperaba el hombre de la sortija.

—Me llamo Berger, noruego — dijo hablando rápidamente—. Le ha reconocido en seguida gracias a las fotos que publicaron los periódicos, señor Lazlo. Leí cinco veces que lo habían matado en cinco sitios diferentes.

—Ya podrá ver que tuvieron razón las cinco veces—contestó Lazzlo sacriando—. Me extraña que me haya reconocido. Perdí bastante peso en el último campo de concentración. No sabe cuánto me agrada haberlo encontrado a usted, Berger. ¿Dónde podría ver a un hombre llamado Yugarly?... El debía ayudarme.

—Yugarly ya no puede ayudarme ni a sí mismo—mascó Berger tristemente—. Esta noche lo arrestaron, acusado de asesinato.

Victor Lazzlo se estremeció al ver cómo se hundía la más fuerte —y quizá la única—esperanza que tenía de encontrar dos pasaportes para salir de Casablanca. Pero era hombre valeroso y siguió hablando con Berger, quien le dio algunos detalles de la organización de la resistencia en Casablanca, y de una próxima reunión clandestina, a la que Lazzlo procuraría asistir, hasta que las interrumpió Renault, que se había acercado a la barra.

...

Ilsa, al verse sola y segura de poder estar a solas durante un largo rato, puesto que comprendía que Víctor tendría una larga conversación con el desconocido, rogó a un camarero que hiciera acercar al pianista a su mesa.

Quería hablar con Sam; quería saber algo de Rick; quería volver a vivir aquellos días felices que se habían escurrido entre sus dedos rápidamente, como agua cogida con la mano, con esa velocidad con que transcurren las horas dichosas

de la vida y que, acaso por eso, se hacen en el alma imborrables con un eterno recordar.

Sam empujó el viejo piano colocado sobre ruedas hasta muy cerca de la mesa de Ilsa, y, sin dejar de tocar, no queriendo llamar la atención de nadie, le dijo en un tono que encerraba reproche y melancolía:

—Señorita Ilsa... no esperaba volver a verla.

—Ni yo a ti tampoco, Sam—respondió Ilsa, sonriéndole dulce-

mente—. Toca alguna de aquellas canciones que tocabas entonces.

—Bien, señorita...

Sam cambió de melodía y comenzó a tocar una de sus viejas canciones; pero Ilsa no la escuchaba:

—¿Dónde está Rick?— le preguntó en voz queda, emocionada, temblorosa, porque sólo pronunciar aquel nombre le causaba ya un estremecimiento extraño, mezcla de dolor y de placer, de ilusiones y de desesperanzas.

—No lo sé, no lo he visto en toda la noche—mintió Sam, queriendo evitar el encuentro de aquellos dos seres que presentía había de ser funesto para los dos.

—¿Volverá?

—No sé... Se marcha muy temprano... Corteja a una muchacha de "El Loro Azul"—siguió diciendo Sam, con una expresión tan triste en su rostro, que Ilsa sonrió también tristemente:

—Antes mentiras mejor que ahora, Sam... Venes, toca la canción que tú sabes... la que a mí tanto me gustaba... ¡La que nos gustaba tanto a los dos! Tócala, en recuerdo de otros tiempos—suplicó Ilsa tierna y suavemente.

—No sé a qué se refiere, señorita Ilsa—dijo Sam, que tenía prohibido por Rick tocar aquella canción que evocaba en él el recuerdo

más doloroso y amargo de toda su vida destrozada.

—Recuérdala, Sam... Se llamaba "Al correr del tiempo...". ¿Te acuerdas?

—Lo siento, señorita Ilsa—replicó el negro, frunciendo el ceño y no queriendo darse por vencido—. Es una canción tan antigua que ya no me acuerdo de ella.

—Yo te ayudaré a recordarla—insistió Ilsa—. Escucha.

Quedó, muy quedó, con la voz húmeda de llanto, fué Ilsa tarareando aquellos compases que tantas veces habían arrullado su amor; y Sam, vencido al fin, siguió en el piano el ritmo de aquella música vieja que volvía a refloreecer la primavera en sus corazones.

Como Ilsa imaginara, la figura de Rick se destacó en el umbral de la puerta de su despacho. Los compases habían también hallado eco en su corazón, pero un eco tan doloroso, tan trágico, que, sin darse cuenta de la presencia de la mujer que ellos evocaban, corrió a Sam, le puso frenético una mano sobre el hombro, y le gritó enfurecido:

—¿No te tango ordenado que no toques jamás, jamás esa canción?

Ilsa le miraba desde su mesa con aquellos grandes ojos luminosos, tiernos, suaves, llenos de se-

rena belleza y de honda melancolía. La mirada de Sam dirigió la de Rick hasta aquellos ojos que le miraban desde lo más íntimo de un alma honda, apasionadamente enamorada, y, siguiendo el influjo de aquella luz que lo atraía desde un más allá nunca olvidado, Rick se acercó a Ilsa y murmuró con una voz que sonaba a estrangulada en la garganta por una emoción demasiado intensa para ser vencida:

—¡Hola, Ilsa...!

—¡Hola... Rick...!

Renault y Laszlo habían llegado a tiempo para escuchar aquellas palabras, y el prefecto, asombrado, inquirió:

—¿Ya conocía usted a Rick, *mademoiselle*...? Rick, le presento al señor Laszlo.

Después de cambiar algunas frases de cortesía, Laszlo dijo:

—¿Quiero usted sentarse con nosotros?

—¡Oh, Rick nunca acepta...!— empezó Renault.

Pero se quedó de una pieza al ver que Rick tomaba asiento.

—Con mucho gusto.

—¡Vaya! Un precedente que se suprime—exclamó Renault haciendo una mueca.

—Tiene usted un café muy inte-

resante—dijo Laszlo—. Lo felicito.

—Y yo lo felicito a usted por su trabajo—replicó Rick prestamente.

—Gracias. Me limité a intentar ser útil.

—Todos lo intentamos. Usted triunfó en su empeño—dijo Rick.

Renault intervino en la conversación, mirando de un modo muy expresivo al dueño del café.

—La señorita Lund preguntó por usted, Rick—observó Renault,—de un modo que me hizo sentirme muy celoso.

—Deseaba saber si era el mismo que conocí en París—explicó Ilsa, dando a Rick una intensa mirada—. La última vez que nos vimos fué...

—En "La Belle Aurore"—replicó Rick.

—¿Lo recuerda? ¡Qué amable!—sonrió Ilsa, feliz por el recuerdo. Y luego, tristemente, añadió—: Fué el mismo día en que entraron los alemanes en París.

—Un día difícil de olvidar.

—Sí.

—Recuerdo muchas cosas—añadió Rick sin que en su rostro apareciera una sola sonrisa—. Los alemanes iban de gris y usted de azul.

—Es cierto—dijo Ilsa—. Aquel

traje está guardado y lo llevaré otra vez cuando los alemanes se retiren.

—Ricki se está humanizando— observó Renault que escuchaba muy interesado aquel diálogo—. Tendremos que agradecerle a usted, *mademoiselle*. Pero ya es un poco tarde. Tendremos que quedarnos en Casablanca, señores, y no estaría bien que se encontrara al jefe de policía bebiendo después de la hora señalada... y tuviera que resultarme a mí mismo. Les buscaré un taxi. La gasolina está racionada...

Todos se pusieron en pie para despedirse. Víctor Lacroix e Ilsa Land salieron juntos para tomar el taxi que les ofrecía el prefecto.

Ilsa y Rick se despidieron brevemente y la joven advirtió la intensa amargura —casi desesperación— que aparecía en los ojos de aquel hombre.

—Es extraño era Rick — dijo Lacroix ya en la calle—. ¿Qué clase de tipo es?

—No lo sé exactamente, aunque lo veía con frecuencia en París—contestó Ilsa.

—Mañana, a las diez, en mi oficina — les recordó el capitán Renault, llevando la mano a la visera de su gorra para saludarlos con su proverbial galantería.

—No faltaremos — le prometió Lacroix cerrando la portezuela del automóvil.

CAPÍTULO III

VUELVE EL PASADO

Sam volvió a penetrar en la sala, ya vacía y oscura, porque creyó oír un ruido extraño. Allí, ante una mesa y junto al piano, con la cabeza apoyada en las manos, se hallaba Rick.

Y al advertir que tenía frente a él un vaso y una botella casi vacía, el negro se alarmó.

—¿No se va usted a acostar, jefe?—preguntó.

—No—gruñó Rick, que parecía absorto en sus pensamientos.

—¿No quiere acostarse hoy?—insistió Sam.

—No.

—¿Pues yo tampoco!—exclamó el negro sentándose al piano.

—Tómame una copa.

—No, yo no bebo, jefe. Vámonos de aquí..

—No.

Sam empezó a pasar los dedos sobre el teclado de su piano, iniciando algunas de sus canciones y

Rick, después de haber bebido otro vaso de vino, murmuró:

—Con tantos cafés y salas de juego como hay en el mundo... ¡Y tuvo que venir precisamente aquí!

—Luego preguntó—: ¿Qué tocas, Sam?

—¡Oh, nada! Trozas de canciones mías.

—Ya sabes lo que quiero oír.

—No lo sé—replicó Sam.

—Si la tocaste para ella, tocala ahora para mí. Si ella me se afectó, tampoco yo pienso atormentarme. ¡Tócala!—gritó, al advertir que el negro se resistía a obedecerle.

En la oscura y silenciosa sala del café de Rick se oyeron las dulces y evocadoras notas de "Al correr del tiempo", de aquella canción que fué como el fondo musical de un grande amor en París, poco antes de que la ciudad fuera ocupada por los alemanes...

...

A) compás de aquella canción, volvieron atropelladamente los recuerdos, tristes recuerdos, a apoderarse de Rick. Con intensa amargura, volvió a vivir aquellos días frenéticos en París, aquellos días en que el amor, la pasión y el entusiasmo lo hicieron el hombre más feliz de la tierra.

Conoció a Lisa accidentalmente y el amor brotó al mismo tiempo entre ellos, para dar paso a una pasión absorbente y avasalladora, que los sumió en el éxtasis de la más perfecta felicidad. No sabían nada uno de otro, sino que se querían con todas sus fuerzas, que se amaban por encima de todas las cosas y que nada ni nadie podría separarlos...

Con la cabeza apoyada sobre los brazos, Rick soñaba y sus ojos se llenaban de lágrimas. Los celos, la humillación y el despecho parecían destrozarle el corazón al recordar la felicidad perdida y sus esperanzas arrastradas por el huracán de la guerra.

Rick soñaba... mejor dicho, Rick volvía a vivir unas semanas de fiebre y de pasión.

El amor les había transportado. Vivía de nuevo los paseos dados por los bosques divinos de los alrededores de París: Saint Cloud, Boulogne; las travesías en los vaporcitos que surcaban el Sena, en aquellas horas inolvidables de dulces atardeceres, después de un día pasado en el campo, en plena naturaleza, gozando los dos de aquel amor que les arrastraba en un torbellino loco de pasión exaltada y sin límites.

Estaban enamorados y estaban en París. Era la suprema unión de las dos cosas más bellas de la tierra. París era la ciudad propicia para el amor; el amor se desarrollaba más amplio, más grande, más puro en la belleza inefable de la gran ciudad, en el romanticismo secular de sus parques, en el encanto apacible de las pequeñas salas de café en Montmartre o Montparnasse.

Rick recordaba... Bailaban sin cesar por la noche, en cualquiera de aquellos cafetines populares; Sam tocaba el piano e Ilsa, en sus brazos, se dejaba llevar por el ritmo de la música, mientras él aspiraba todo el encanto de su persona, de su risa, de su perfume, aquel perfume suyo tan personal y tan inconfundible, que parecía brotarle de la piel, como un aroma extraordinario de una flor fabulosa.

Nada sabían uno de otro, pero nada necesitaban saber, puesto que se amaban.

Rick recordaba... Un día le preguntó si había habido, antes que él, otro hombre en su vida, e Ilsa le respondió afirmativamente, con un deje de tristeza, diciendo que él había muerto. Y Rick no se atrevió a insistir sobre el tema, temiéndolo despertar recuerdos dolorosos en aquel corazón para el que sólo anhelaba placer y felicidad.

Era tanta la dicha que les embargaba, tan entregados estaban a su mutuo amor, que apenas se daban cuenta del empuje de la guerra, de la avalancha que avanzaba hacia el Oeste; de la marcha de las fuerzas alemanas que todo lo arrollaban con su potencia aniquiladora. Su amor les tenía aislados en medio del tumulto, y la

angustia que sufría la humanidad apenas hallaba eco en sus espíritus cegados por el resplandor deslumbrante de su amor en pleno triunfo.

Un día... Rick seguía recordando... Un día, sentados en la terraza de un café, se enteraron de la orden de evacuación de París. Los alemanes se acercaban. París estaba amenazado.

¿Cómo era posible tal cosa?

Era necesario hacer algo. Rick estaba en la lista negra de la Gestapo por sus actividades antifascistas y era preciso escapar... y cuanto antes. Aquella misma tarde, en "La Belle Aurore", un establecimiento donde trabajaba Sam, Ilsa y Rick llegaron a un acuerdo. Se marcharían hacia Marsella, en el último tren, el de las cinco de la tarde.

Rick no se sentía deprimido ni asustado. ¿Qué le importaba el peligro o el porvenir si lo acompañaba Ilsa? Le propuso casarse con ella inmediatamente, en el tren incluso, si tal cosa era posible... Ella se rió, meneando negativamente la cabeza, pero le prometió acceder más tarde a su petición.

Frente a "La Belle Aurore", se detuvo un camión provisto de un altavoz, por medio del cual el enemigo comunicaba a la población su

próxima llegada, recomendando tranquilidad y orden. A lo lejos se oía el seco estampido de los cañones de las tropas germanas que se acercaban y Rick anunció a Ilsa que iría a buscarla a su hotel.

—No, no vengas... He de hacer algunas compras — replicó ella, servilosa, inquieto—. Nos encontraremos en la estación... No quiero que vayas a buscarme...

Había algo extraño en su voz, que Rick atribuyó a la emoción del momento, al dolor de ver en posesión del enemigo la ciudad sin par, la inminencia de una huida que no sabían hasta dónde les podría conducir.

Ilsa se había abrazado a él vehementemente y había roto en un llanto desgarrado, nervioso, que él intentó consolar, besándole con ternura y arrullándola con las palabras que le dictaba su amor silencioso e ilimitado.

—No llores, Ilsa... no quiero verte llorar—le había suplicado.

Y ella, mirándole con su maravillosa sonrisa—rayo de sol entre la nube de sus lágrimas—le suplicó:

—Bésame, bésame muy fuerte... así... como si fuera nuestra despedida...

No supo comprender en aquel momento el hondo sentido de sus

palabras. Greta en ella y esperaba en ella...

Fué a la estación con el corazón henchido de ilusiones, como un niño salido de la escuela. Diluviaba, pero él no sentía la lluvia. Esperó bajo el gran reloj, impaciente, empujado por la multitud que se congregaba para huir, como ellos, para escapar al avance de las tropas, para irse a refugiar al sur de Francia, donde pensaban que no podrían llegar los alemanes. Era una multitud triste y sombría, sobre la que el cielo de París dejaba caer toda su dramática tristeza en la hora más dura y trágica de la guerra.

Esperó en vano... Cuando ya el jefe de estación daba la voz de marcha, vió llegar a Sam, al que había enviado en busca de Ilsa, y el negro, chorreando agua, sin responder a las preguntas tumultuosas y dislocadas que él le dirigía en su angustia, le entregó unas breves líneas que Ilsa había dejado para él:

“Richard:

No puedo acompañarte ni verte nunca más. No me preguntes por qué. Sólo debes creer que te quiero. Vete, mi querido Richard, y que Dios te bendiga.

Ilsa.”

La leyó bajo la lluvia. La tinta del escrito se diluyó con el agua que caía sobre el papel y los ojos se habían llenado de lágrimas.

Nunca supo cómo Sara logró arrastrarlo hasta el estribo del tren, que ya emprendía la marcha. Permaneció allí, inmóvil, mirando

hacia atrás, con la débil esperanza de que ella aun cambiara de opinión en el último momento.

Al fin la estación y París se perdieron en la lejanía y en la obscuridad, mientras el cielo seguía flotando sobre Francia y sobre los que emprendían el triste camino del destierro.

• • •

La canción predilecta murió en la última nota del piano, y como si aquella nota hubiera sido un conjuro, se abrió la puerta del café y apareció, bella de toda belleza, vestida sencillamente con un traje blanco como un rayo de luna, la esbelta silueta de Lisa.

—Richard, necesito hablarte— dijo avanzando hacia él mientras Sam se retiraba discretamente.

—¡He'á!... Me alegra que hayas venido— tartamudeó Rick con torpe lengua—, así podremos beber juntos.

Escanció un vaso de vino, pero ella lo rechazó.

—No, Richard, hoy no.

—¿Por qué se te ocurrió venir a

Casablanca? El mundo es muy grande...—murmuró Rick, que hablaba entre vapores de alcohol y con la amargura del escéptico que ya no cree, que ya no puede creer en nada.

—No habría venido de saber que estabas aquí. Créeme, Rick, te aseguro que no lo sabía.

—Es curioso observar que tu voz no ha cambiado. Aun me parece oírte decir: "Mi querido Richard, te seguiré a todas partes... iremos adonde sea, pero siempre juntos".

Pronunció amargamente estas palabras e Lisa vaciló un momento antes de suplicar, angustiada:

—¡No sigas, por favor!... Comprendo tus sentimientos.

—¿De veras? ¿Cuánto tiempo pasamos juntos?

—No contó los días—murmuró Ilsa.

—¿Pues yo sí!—gritó él con violencia—. Todos, sin olvidar uno, pero el último es el que mejor recuerdo. ¡Bonito final! Aturdido en la estación, mojado bajo la lluvia... y con una ridícula expresión en mi rostro, porque estaba llorando por dentro.

Ilsa se sentó frente a él, le miró largamente, y después de un silencio lleno de honda emoción, dijo:

—Quiero contarte una historia.

—¿Tiene un bonito final?—preguntó él irónicamente.

—Aun lo ignoro.

—No importa. Quizá se te ocurra mientras hablas.

—Es la historia de una joven—comenzó Ilsa— que se encontró sola en París. Venía de su hogar, en Oslo, y, en casa de unos amigos suyos, encontró a un hombre del que había oído hablar desde que era una niña. Un hombre valeroso e inteligente, que descubrió ante ella un mundo de erudición, de ideas, de ideales... Cuanto ella aprendió y cuanto ella era, lo consiguió gracias a la amistad de aquel hombre. Ella lo admiraba y lo apreciaba, y creyó que aquel cariño era amor.

Hizo una pausa para recobrar el aliento y Rick exclamó desdeñosamente:

—Sí, es muy bonita tu historia. Ya la conocía. Por lo menos, he oído otras iguales o parecidas mezcladas con el sonido odioso y chillón de un piano escondido en el sórdido salón de cualquier tugurio. "Verá usted — remexió, hablando con voz de falsete—, cuando aun era una chiquilla, conocí a un hombre que..." ¡Bah, todas esas mujeres comienzan así su historia!

Ilsa se estremeció como si acabaran de abofetearla; pero, quizá dándose cuenta de la embriaguez de Rick, pudo dominarse y escuchar a aquel hombre cuando seguía diciendo:

—Ni tu historia ni las otras tienen la menor gracia. — Dió una seca carcajada y preguntó con acento insultante—: Dime, ¿por quién me dejaste? ¿Por Lázaro?... ¿Quizá hubo otros antes que él?...

Ella no respondió y Rick insistió, con el cruel deseo de que ella sufriera tanto como él mismo estaba sufriendo:

—¿O quizá eres una de esas mujeres que no quieren hablar de su pasado?

Ilsa, desesperada, dió media vuelta y se dirigió hacia la puerta, mientras sus hombros temblaban



—¡Pobres correos alemanes!—comentó Yugarry
mirando a Rick.



Sam se negó a abandonar a su jefe...



—Vine a Casablanca atraído por la fama de sus aguas.



*—...dentro de unos minutos verá usted al hombre
que mató a sus dos carros.*



—¡Rick!... ¡Rick!... ¡Ayúdeme!



Rick recordaba...



"Richard: No puedo acompañarte si vete nunca más..."



Se abrió la puerta y entraron Lázaro e Ilsa.



*Ferrari les recomendó que visitaran a Rick,
que poseía un par de pasaportes.*



Rick se dirigió a la sala de juego..



Rick corrió a separar a los contendientes por Yvonne...



Strasser, reunido con Renault y varios oficiales...



—Sé lo que es sentirse muy solo—comentó Lazzlo.



—¿Por qué no me dijiste la verdad?



—Tal vez, por extrañas circunstancias, los dos estamos enamorados de la misma mujer.



—...tu deber es permanecer a su lado.

a causa de los sollozos en que se deshacía su dolor.

El, por su parte, maldiciéndose a sí mismo por su crueldad y por el impulso diabólico que lo había

obligado a maltratar a aquella mujer, a la que aun amaba, obligándola a marcharse, apoyó la cabeza sobre sus manos y se sumió en la desesperación.

* * *

La Prefectura de Policía Exterior de la ciudad de Casablanca era un lugar muy concurrido. Multitud de personas se dirigían a aquella oficina solicitando un pasaporte o un visado para continuar su viaje hacia Lisboa. Pero todo aquel que no tuviera en su bolsillo los millares de francos que Renault exigía para entregar un visado, podía tener la seguridad de que no lograría salir de la capital marroquí. En algunas ocasiones, si el pasaporte era solicitado por una mujer joven y bonita, el prefecto de policía se contentaba con una cantidad de dinero mucho menor, siempre y cuando, claro está, que la joven en cuestión supiera mostrarse agradecida.

Pero, en aquel momento, Renault no pensaba en sus negocios particulares, porque estaba hablando

con el mayor Strasser, que lo sometía a un verdadero interrogatorio, haciendo planes para que Victor Laszlo no pudiera tomar el avión de Lisboa.

El militar alemán era un hombre elegante, correctísimo y acorriente, pero, bajo su aparente afabilidad, existía un carácter de acero, un valor indomable y un patriotismo fanático. Cuando recibía una orden, la cumplía a rajatabia, sin discutirla y dispuesto, si necesario fuera, a sacrificar su propia vida a cambio del éxito.

—Sospecho que Yugarty dejó los dos pasaportes en poder del señor Blaine—dijo Strasser—. Le aconsejo, pues, que haga registrar inmediatamente su café. Un registro cuidadoso ¿eh?

—Si Rick los tiene, es demasia-

do listo para dejar que los encuentren allí.

—No creo que Rick sea tan inteligente como usted supone, capitán. Me pareció algo atolondrada, como se observa con frecuencia entre los americanos — respondió Strasser sonriendo.

—No debemos despreciar a ese tipo de americanos — respondió el capitán Renault irónicamente; y aprovechó la ocasión para añadir: —Yo estaba con ellos cuando avanzaron "atolondradamente" hacia Berlín, en el año diecinueve.

Strasser pasó por alto aquella frase mordaz y siguió refiriéndose al asunto que tanto le preocupaba:

—En cuanto a Lazzio, es necesario vigilarlo durante las veinticuatro horas del día.

—Entonces, quizá le interesa saber que, en estos momentos, él y esa linda muchacha se dirigen hacia acá — contestó Renault, satisfecho de poder demostrar de nuevo su eficiencia.

En efecto, no tuvieron que esperar mucho. Se abrió la puerta y entraron Lazzio e Ilsa. Los dos parecían perfectamente tranquilos y Renault no pudo ocultar su admiración ante la belleza de aquella hermosa mujer, bella sin maquillaje y elegante sin exageración.

—Encantado de verlos — dijo in-

clinándose—. ¿Descansaron bien esta noche?

—Dormí muy bien, gracias — contestó Lazzio.

—¡Qué extraño! — exclamó el prefecto invitándolos a sentarse—. Dicen que nadie duerme bien en Casablanca.

—¿Podríamos empezar ahora mismo con nuestro asunto? — le interrumpió Lazzio, impaciente por saber lo que podía esperar de aquellos dos hombres.

—Señor Lazzio — dijo Strasser sentándose ante él e Ilsa —, no hablaré con eufemismos. Usted es un prisionero del Reich que logró escapar y, hasta ahora, ha tenido la fortuna de escurrirse de entre las manos para llegar, al fin, a Casablanca... Mi deber consiste en retenerlo aquí.

—Es problemático que lo consiga — contestó Lazzio.

—No logrará escapar — dijo Strasser convencido—. Todos los pasaportes deben llevar la firma del capitán Renault. — Se volvió hacia él para preguntarle:— Capitán, ¿cree usted posible que *hoy* Lazzio obtenga un visado de salida?

—Temo que no — dijo Renault—. Lo siento, *monsieur* — añadió mirando a Lazzio.

—Bueno, quizá, al fin y al cabo,

me guste quedarme en Casablanca —dijo el perseguido político.

—¿Y qué piensa mademoiselle acerca de eso?—inquirió Strasser.

—Le ruego que no se preocupe por mí—respondió ella.

—¿Eso es cuanto querían decirnos?—preguntó su compañero.

—No se apresure, Herr Laszlo—observó Strasser cruzando las manos—. Le aseguro que tiene tiempo de sobra. Tal vez se quede en Casablanca indefinidamente... o quizá salga usted para Lisboa mañana... pero con una condición.

—Usted dirá—dijo Laszlo, sintiendo cierta curiosidad.

—Usted conoce a los jefes del movimiento clandestino de París, de Praga, de Bruselas, de Amsterdam, de Oslo, de Belgrado, de Atenas...

—Incluso al de Berlín—respondió Laszlo atrevidamente.

—¡Sí, incluso al de Berlín!—admitió el mayor Strasser haciendo una mueca de disgusto—. Pues bien, si usted me proporcionase sus nombres y su exacto paradero, tendría el pasaporte mañana mismo.

—Y el honor de haber servido al Tercer Reich—añadió Renault.

—Estuve un año en un campo de concentración alemán —dijo

Laszlo—, y me hasta ese honor para toda la vida.

—¿Nos da esos nombres?—insistió Strasser.

—Si no los di en el campo de concentración, donde tenían más métodos "persuasivos" a su disposición, ¿eres usted que los dará ahora? —repuso Laszlo. Luego, exaltándose, añadió enérgicamente—: Y aunque encontrasen a esos hombres y desaparecieran... aunque desapareciéramos todos, de todos los rincones de Europa surgirían cientos y miles de patriotas que nos reemplazarían. Ni los nazis conseguirían extinguirnos...

—Herr Laszlo—contestó el alemán sin perder la sangre fría—, tiene usted fama de elocuente y ahora comprendo por qué. No obstante, está equivocando en cierto aspecto. Acaba usted de decir que los enemigos del Reich serían reemplazados. Pero existe una excepción... —Hizo una pausa para mirar a aquel hombre, al que admiraba por su valentía, aun siendo enemigo suyo, y terminó—: A usted nadie lo reemplazaría, caso de que le ocurriera un accidente cuando tratase de escapar.

Victor Laszlo comprendió la amenaza latente en las palabras del mayor, y replicó:

—No se reloverán ustedes a mo-

lestarne aquí. Esto es la Francia no ocupada. Cualquiera violación de su neutralidad recaería sobre el capitán Renault.

Este se hallaba leyendo un documento y levantó la cabeza para contestar:

—Siempre y cuando sea algo que yo pueda evitar... Por cierto, señor Laszlo, anoche parecía usted interesado en hablar con Yugarly, ¿verdad? Supongo que tiene algún mensaje para él.

—Nada importante — mintió Laszlo—. ¿Podría hablar con él?

—La verdad es que su conversación sería un monólogo — dijo el mayor Strasser interviniendo—. El señor Yugarly dejó de existir.

—Ahora estoy redactando el informe — observó Renault—, pero aun no he decidido si el pobre se suicidó... o fué muerto al intentar la fuga.

Victor Laszlo supo dominar su desaliento y preguntó, poniéndose en pie:

—¿Han terminado ya con nosotros?

—Por ahora, sí—contestó Strasser.

Acompañado por Ilsa, Laszlo salió de la Prefectura, dejando a Renault y a Strasser discutiendo aquel asunto.

—Ahora procurarán obtener los pasaportes en el mercado negro— observó el policía francés.

CAPITULO IV

EN RICK'S

Rick se hallaba en el café "El Loro Verde".

Su entrevista con el dueño del mismo, Ferrari, había sido como tantas otras. El *honorable* y orondo jefe del mercado negro renovó sus pretensiones de comprarle el café y, una vez más, Rick rehusó su oferta, confesando que su visita obedecía a su deseo de que la policía hiciera un buen registro del Café Rick, puesto que, al parecer, Renault y Strasser estaban convencidos de que los pasaportes aun se hallaban en su poder. Ferrari opinaba lo mismo y se apresuró a proponerle la compra de aquellos dos documentos, pero Rick se echó a reír, despidiéndose del negociante y, en la puerta, se cruzó con Lászlo que se dirigía al encuentro de Ferrari, como el hombre que quizá pudiera proporcionarle un par de salvoconductos para salir de Casablanca.

Rick saludó a Lászlo, y, comprendiendo a lo que iba allí —co-

mo todos— le señaló al marroquí, diciéndole significativamente:

—Ferrari es aquel hombre gordo.

Frente a "El Loro Azul", Ilsa estaba examinando los encajes que le ofrecía un mercader marroquí.

—No encontrará usted un tesoro así en todo Marruecos, *mado-meiselle* — decía el morito a Ilsa, mostrándole unos encajes—. Sólo setecientos francos.

—Te están engañando — dijo Rick, acercándose a la joven.

—No importa. Gracias—contestó ella sin mirarlo.

—¡Ah! La señora es amiga de Rick—exclamó el vendedor callejero—. A los amigos de Rick les hacemos un descuento. ¿Le dije setecientos francos? Se lo doy por doscientos.

Y cambió las etiquetas, como si tal cosa.

—Lamento que anoche no estuviera en condiciones de recibirte—añadió Rick, como si quisiera ex-

cusar su conducta poco correcta, dura y excesivamente despiadada de la noche anterior.

—Ya no importa — murmuró ella.

—A los buenos amigos de Rick — insistió el comerciante para no perder su negocio —, les hacemos un descuento especial. Sólo cien francos...

—Tu historia me dejó algo confuso... O tal vez fué el Borgeña... ¿Por qué volviste anoche? — prosiguió Rick—. ¿Para decirme por qué me abandonaste en la estación?

El vendedor se había retirado para buscar nuevas piezas que mostrar a Lisa, quien contestó afirmativamente a la pregunta de Rick, con un gesto expresivo, triste, como si quisiera decirle, sin palabras, todo lo que pasaba por su corazón.

—Puedes decirme ahora — pidió éste—. No estoy bobido.

—Quizá no te lo diga nunca — murmuró Lisa con amarga sonrisa.

—¿Por qué? Recuerda que me dejaste plantado en la estación y tengo derecho a saberlo, ¿no crees?

—A veces comprendí lo que te había ocurrido — dijo Lisa tristemente—. Al Rick que conocí en París se lo diría y estoy segura de que lo comprendería todo... ¡Pero

no al que anoche me miraba con tanto odio en sus ojos! ¡Bah, todo da igual! Pronto me marcharé de Casablanca y nunca volveremos a encontrarnos. — Hizo una pausa y añadió—: Nada sabíamos el uno del otro cuando vivíamos en París. Tal vez en el futuro sólo recordemos aquellos días y no los de Casablanca... ni lo de anoche.

—¿Quizá me dejaste porque no podías soportar la persecución de que yo era objeto por parte de la policía, como nos ocurrió en París? — insistió Rick, sin abandonar un deje de amarga ironía que hacía más dolorosas sus palabras.

—Puedes creer lo que mejor te parezca — dijo Lisa con frío acento.

—Pues ya no me es preciso huir. Me he establecido aquí. Vivo gracias a una sala de juego, pero voy a mi casa... Estaré esperándote. Algún día dejarás a Laszlo y volverás a mi lado.

—No, Rick. Eso no. Laszlo es mi marido... Lo era ya cuando te conocí en París.

Lisa había hablado lentamente, dolorosamente, como si le costara un gran esfuerzo hacer aquella confesión. Había hablado sin mirar a Rick, sin valor para enfrentarse con sus ojos, sin querer leer en ellos el efecto que sus palabras producían en el ánimo de Rick.

Después de pronunciar estas palabras, Ima dió media vuelta para dirigirse a "El Loro Azul" y reunirse con Lazzio que estaba hablando con Ferrari.

Aquel robusto caballero, que vestía a la europea, conservando el fez árabe, no se manifestó muy optimista.

—Francamente, señor Lazzio, no puedo servirle. Su caso es especial. Como jefe de todas las actividades Negales de Casablanca, soy hombre influyente y respetado. No puedo exponer mi seguridad por usted, señor. Lo siento. Sólo encontrará pasaporte gracias a un milagro... y

los alemanes los han prohibido. Usted no debe tener pasaporte.

Luego ofreció proporcionar uno para Bsa, mas la joven se negó a aceptarlo, pues deseaba permanecer al lado de su marido. Recordó que éste no la abandonó en París o en Marsella, cuando estuvo enferma, a pesar de que se jugaba la vida demorando la partida.

Al fin, Ferrari pareció compadecerse de aquella pareja y les recomendó que visitaran a Rick, expresando su convencimiento de que el americano poseía un par de pasaportes y les recomendó que intentaran su compra.

Rick estaba sentado a una mesa de su café tomando una copa del mejor coñac que tenía, cuando se presentó Renault para saludarle.

—¡Vaya!— exclamó—. Veo que empieza a vivir como un francés.

—Sus hombres se excedieron un poco al registrar mi café—comentó Rick—. Casi no hubo tiempo de arreglarlo antes de abrir sus puertas.

—Lo dije a Strasser que no encontraría aquí los pasaportes—contestó Renault, encogiéndose de hombros—; pero ordené a mi gente que destruyese cuanto pudiese. Ya sabe que eso impresiona a los alemanes... Rick, ¿tiene usted los pasaportes?—preguntó el prefecto de repente.

—¿Es usted pro-Vichy o partidario de la Francia libre?—le di-

paró Rick con naturalidad suma, respondiendo a su pregunta con otra.

Renault se echó a reír y levantó una mano para hacer callar a su amigo.

—Merezco eso por hacer preguntas tan directas—dijo sonriendo aún—. La discusión ha terminado.

Junto a ellos pasó Yvonne cogida del brazo de un oficial alemán y Rick observó, burlonamente:

—Se ha dejado usted ganar terreno, Louis... Al parecer, Yvonne se ha pasado al enemigo.

—¿Quién sabe! — contestó Renault—. A su manera, esa muchacha puede constituir todo un segundo frente. Bueno, ya es hora de que vaya a adular un poco al mayor Strasser, ¿no le parece?... Hasta luego, Rick.

Este siguió bebiendo a pequeños sorbos el contenido de su copa de coñac, hasta que se acercó a él una muchacha muy hermosa para exponerle sus cuitas. Le informó que había llegado al café acompañada por su marido y por Renault. El prefecto les había ofrecido venderles dos pasaportes, pero ella y su esposo venían huyendo de Bulgaria y no tenían bastante dinero para pagarlos. Renault no se mostraba muy exigente con respecto al dine-

ro, mas para entregar los pasaportes, pedía a Annina, nombre de la joven búlgara, que se mostrara algo más amable con él, y ella estaba dispuesta — con llanto en los ojos y en el corazón— a conseguir los pasaportes, pero lo que quería saber de Rick era si el capitán acostumbraba cumplir sus promesas.

En su desamparo, aquella ingenua criatura, casi una niña, pedía consejo a Rick, le interrogaba con sus ojos llorosos, le suplicaba una orientación en aquel mar de confusiones en que se encontraba.

Rick escuchó en silencio y preocupado intimamente, la lamentable narración de Annina. Conocía a Renault y sus métodos... y la chiquilla que estaba ante él ¡era tan bonita, tan joven, tan inexperta!...

—Mi marido está ahora en la sala de juego probando fortuna— siguió diciendo la joven esposa—. Pero la suerte no le favorece... ¡lo está perdiendo todo! Diga, señor Rick... usted cree que si yo... si yo acepto las proposiciones de Renault para salvarle, si yo hago lo que se me pide... sin que él lo sepa, naturalmente, sólo por su amor, sacrificándome por la felicidad y la tranquilidad de mi esposo... ¿usted cree que si algún día

él se enteraba de... de lo pasado... llegarla a perdonarme?

Rick se puso en pie súbitamente, con una expresión impenetrable en su rostro.

—Su caso, señora, es el de tantos y tantos refugiados y carece de importancia. Se resolverá como se resuelven los demás—murmuró, dejando a la muchacha anonadada, inquieta, desconcertada por aquella extraña contestación que nada venía a resolver, que ninguna orientación daba a su vida.

Rick se dirigió a la sala de juego, seguido por Annina. Cambió una inteligente mirada con el *croupier*, que asintió con un leve parpadeo de sus ojos y esperó sus órdenes, y luego se colocó detrás de Jan, el marido de la joven, sin que éste se diera cuenta de su presencia.

—¿Ha probado usted en el número veintidós?—le preguntó como una invitación. Y levantó la voz para que también lo oyese al *croupier*—. He dicho el *veintidós*.

El empleado dió a entender que lo había comprendido y Jan puso sus últimas fichas al número que le aconsejaban. Como por arte de magia, la bolita de marfil se detuvo en el veintidós.

—Ponga todas sus ganancias al

mismo número—aconsejó de nuevo Rick.

Volvió a rodar la ruleta y la bolita se detuvo otra vez en el mismo número. Las fichas formaban un montón imponente sobre el número veintidós dibujado en el tapete y Rick ordenó en voz baja:

—No juegue más. Cambie sus fichas... y váyase a América con su esposa.

Aquella era la contestación más contundente y categórica que podía dar a la angustiada pregunta que le había formulado Annina. Rick había resuelto la situación. Renault vería escapar de sus manos una presa maravillosa... pero Jan no tendría que perdonar nunca nada a su mujercita, no tendría que hacer el doloroso esfuerzo de pensar que todo había sido por su bien... ¡Ah, Rick sabía demasiado cuánto hacen sufrir a un hombre esos extravíos que han de ser perdonados, porque representan un gran sacrificio!

Dejando a aquel hombre, cuyas manos temblaban a causa de la emoción, Rick se dispuso a volver a la sala general, pero Annina, que lo había visto todo, llorando de emoción, lo detuvo un momento, le echó temblorosa los brazos al cuello y le dió un beso, con el que intentaba manifestarle cuánto era su

agradecimiento, porque aquellos miles de francos que acababa de regalarles les devolvían la felicidad, permitiéndoles iniciar una nueva vida, sin que Annina tuviera que acceder a las pretensiones del capitán Renault.

La generosidad de Rick fué propalada entre los empleados por el brazo de Carl, el *maître*, y lo mismo el joven *barman* como el propio Carl no pudieron menos de felicitarle, el primero besándole como se besa a un padre y el segundo sonriéndole a su vez paternalmente... ¡Extraño jefe! Amargura y bondad. ¡Misterios de los hombres!

El prefecto había observado lo ocurrido y procuró situarse en el camino de la pareja. Jan se apresuró a ofrecerle su dinero a cambio del pasaporte, pero Renault, al que no interesaba se le viera aceptar dinero en público, les dió cita para la mañana siguiente en su oficina, donde les entregaría los documentos para salir de Casablanca, si le entregaban el importe convenido, naturalmente, y, luego, se dirigió al encuentro de Rick para decirle:

—Lo que sospechaba, Rick. Es usted un sentimental. ¿Por qué se esfuerza en malograr mis aventuras?

—Considérelo como un homenaje al amor—contestó el americano.

—Lo perdono por esta vez. Mañana vendré con una rubia estupenda... y me hará un verdacero favor si le permite perder en su ruleta...

Renault se alejó para reunirse con Strasser, y Rick pudo darse cuenta de que, a otra mesa, se hallaban sentados Lisa y Luzzo. Este último se aproximó a él.

—¿Podría hablar con usted, *monsieur Blaine*?—preguntó. Se trata de un asunto confidencial. No aquí, sería mejor en otro sitio cualquiera.

—En mi oficina.

—Bien.

Rick se puso en pie y cruzó la sala para llegar a la escalera que conducía a su oficina y a sus habitaciones particulares. Una vez en el despacho, Luzzo dijo, sin ambages:

—Ya sabe que es muy importante que yo salga de Casablanca. Tengo el privilegio de ser uno de los jefes del gran movimiento. No ignora cuánto he hecho y también sabe lo que significa para el trabajo y la vida de muchos millares de personas que yo pueda llegar a América y continuar mi tarea.

—No me interesa la política— gruñó Rick—. Soy negociante.

—Tiene usted un historial muy curioso... siempre luchó por la libertad.

—Es un deporte que me costó demasiado caro. Entonces aun no era un negociante.

—Y, ahora, ¿es ya lo bastante negociante como para aceptar una oferta de cien mil francos?

—La estimo en lo que vale, pero no la acepto.

—Doseientos mil.

—Amigo Laszlo, aunque la aumento a un millón de francos, a tres o a cuatro millones, mi respuesta seguirá siendo negativa.

—¿Por qué?

—Tengo un motivo... Le sugiero que lo pregunte a su esposa.

—¿Cómo? — preguntó Laszlo asombrado.

—He dicho que interrogué a su esposa...

Viéronse forzados a interrumpir aquella conversación porque de la planta baja llegaba un escándalo tremendo. Un oficial francés había iniciado una lucha con el alemán que acompañaba a Yvonne, a la que reprochaba tal compañía... y Rick corrió a separarlos, amparándose en el derecho de no permitir que en su casa se hiciera política

o se dirimieran asuntos personales... o patrióticos.

Todo el mundo se había puesto en pie y, una vez terminado el incidente, Strasser, que se hallaba reunido en un ángulo del café con Renault y varios oficiales alemanes, moviéndose perfectamente a sus anchas el prefecto, entre tantas uniformes, acercóse a la barra con Renault:

—Escuche, capitán, estoy decidido a que este desagradable y enojoso incidente entre dos militares no vuelva a ocurrir en Casablanca, ¿compronde? Le aconsejo, pues, que cierre este establecimiento ahora mismo.

—¡Pero si todos se están divirtiendo tanto!— protestó Renault, al que no gustaba la idea de cerrar el local de Rick.

—¿Demasiado! Ya he podido verlo. Repito que debe clausurarlo.

—¿No tengo ninguna excusa!— gimió Renault.

—¡Búsquela!

Renault, decidiéndose de pronto, hizo sonar su silbato y gritó:

—¡Se cierra este café hasta nuevo aviso, señores!... ¡Desalojan el café inmediatamente!

La multitud se agitaba de un lado a otro, cambiando vivas e comentarios acerca de lo ocurrido, y

Rick se abrió paso por entre ella a fin de interrogar al prefecto:

—¿Por qué razón me obliga usted a cerrar?

—¡Estoy asombrado!—dijo Renault, fingiendo una indignación que no sentía—. Asombrado y asqueado al ver que continúan jugando ahí dentro.

El *croupier*, obligado, como todos, a salir, pasó en aquel momento junto al prefecto y le tendió unos billetes, pronunciando la frase "de rigor":

—Sus ganancias en la ruleta, señor.

—¡Ah, sí! — exclamó Renault, guardando aquel dinero apresuradamente, como cosa normal—. Gracias.

Y, por contraste, tronó a continuación:

—¡Desalojen el local!... ¡Pronto, pronto!

Strasser, viendo a Lisa sola, se dirigió hacia ella y le dijo:

—*Mademoiselle*, vengo expresamente a advertirle que Laszlo no está seguro en Casablanca.

—Esta mañana dijo usted que no le convenía salir de Casablanca.

—Excepto en una dirección—replicó Strasser—. Que regrese a la Francia ocupada... con un salvoconducto que le firmaré yo.

—¿Con qué garantías? Recuerde de qué sirvieron las garantías alemanas anteriormente.

—En tal caso, las autoridades francesas ya encontrarán algún motivo para internarlo en un campo de concentración, mi querida *mademoiselle*—dijo el oficial alemán—. O bien... Supongo que ya habrá observado usted que aquí, en Casablanca, la vida de un hombre carece de valor... Buenas noches, *mademoiselle*...—terminó diciendo Strasser, al que preocupaba la idea de que Laszlo acabara convirtiéndose en el jefe de todos los patriotas del Marrueco francés.

Laszlo e Ilsa regresaron a su habitación y, convencidos de que eran espiados constantemente, se acercaron a la ventana para asegurarse de que allí, en la calle, de centinela, estaba el agente secreto que seguía todas sus pasos. Laszlo hizo un gesto vago y esbozó una apagada sonrisa; fué al conmutador y apagó la luz:

—Así creará que nos hemos acostado y se marchará antes — dijo.

La habitación quedó en la más completa penumbra. Ilsa se sentó al borde del lecho y quedó sumida en una honda, íntima meditación. Sus grandes ojos, cargados de temores, brillaban en la obscuridad con una luz melancólica y nostálgica. Laszlo fué a sentarse junto a ella y le habló durante un tiempo de sus proyectos, de la situación en que se encontraba, del diálogo sostenido con Riek en el bar, y que fué interrumpido por el fuerte altercado que en él había tenido lugar.

Luego se hizo un silencio, un si-

lencio plétórico de sentimientos encontrados, y Victor, observando a su esposa con una larga mirada de humana comprensión y de íntima ternura, susurró:

—Te encontraste muy sola en París, mientras yo estaba en el campo de concentración, ¿verdad, Ilsa?

Sin levantar la frente, como si la pesadumbre la venciera, con un leve movimiento de cabeza y una voz lejana, envuelta en imperceptible y triste sonrisa, replicó:

—Sí, Victor, ¡muy sola!...

—Sé lo que es sentirse muy solo — comentó Laszlo con voz grave, acariciando a su esposa con la mirada, con aquella mirada comprensiva y tierna que ofrecía a la mujer dulce acogida a su confesión. Y añadió, queriendo provocar aquella confesión:

—¿Tienes algo que decirme, Ilsa?

—No, Victor... nada... — murmuró la esposa, sin atreverse a cruzar la mirada con la de su esposo.

Este le acarició las manos, la besó dulcemente:

—Te quiero mucho, Ilsa, mucho!

—Sí, lo sé, Víctor — contestó ella, y en su voz había emoción de hondos sentimientos, de lágrimas condensadas dentro de su corazón que sufría y se debatía en una lucha inexplicable y cruel que la desgarraba el alma. Y en un arranque de cariño, de una ternura casi maternal, añadió:

—Víctor... a pesar de todo cuanto haga... debes creer que yo siempre... siempre...

El la interrumpió, comprendiéndola:

—No es necesario que lo digas, Ilsa... Lo creo...

Se levantó, cogió el sombrero y se dispuso a salir para asistir a la reunión.

—Buenas noches, Ilsa—le dijo, besándole en la frente.

—Buenas noches, Víctor—replicó ella, casi sin voz, vencida por el dolor.

Cuando su esposo hubo salido se acercó precipitadamente a la ventana y miró desde ella, a través de la persiana caída, su marcha por la calle, hasta que le perdió de vista.

Sin encender la luz, con decidida y firme voluntad, se echó una capa sobre los hombros y salió también ella a la calle, empujada por un firme e inquebrantable propósito.

• • •

Rick, después de haber pasado cuentas con Carl, en la soledad y abandono absoluto de su establecimiento cerrado al público por expresa orden de la Autoridad, subió a su despacho con el aire cansado y escéptico que lo era habitual, acrecentado ahora por los úl-

timos acontecimientos y, sobre todo, por la presencia de Ilsa en Casablanca, presencia que había removido en él todo un mundo de ilusiones desvanecidas, de esperanzas frustradas, de anhelos que jamás habían de tener una realización, de ansias que nunca po-

drían ser plasmadas en algo real y tangible.

Dió vuelta al conmutador e hizo un gesto de sorpresa: allí ante él, surgiendo de la sombra, bella, con la belleza clásica de las estatuas griegas y una honda melancolía en su rostro dulce y enigmático, estaba Ilsa.

—¿Per dónde has entrado?—inquirió en tono seco.

—Por la escalera que da a la salita, Richard — contestó ella en voz baja, casi tímidamente, con un leve temblor que no acertaba a domar.

—Esta mañana te anuncié que vendrías... pero no creí que fuese tan pronto — comentó él con un irónico y amargo escepticismo—. Me llamas "Richard"... como en París—añadió, todavía con mayor amargura—. Tu inesperada visita... ¿está relacionada, por casualidad, con los pasaportes?... ¡Mientras los tenga, no vais a dejarme en paz!

Sonrió con un esfuerzo, pero en su sonrisa había desprecio, burla, desdén, asco...

Ilsa se acercó a él. Sus ojos tenían un brillo extraordinario, pero sus labios no sonreían, se había borrado de ellos aquella dulce, serena sonrisa que siempre los animaba.

—Píde lo que te parezca, Ri-

chard, pero tienes que dármelos ahora—dijo—. Ya sé lo que sientes por mí—añadió, ante la expresión de desdén que se reflejaba en su rostro—. ¡Pero hay algo que tiene mucha importancia!... ¡Tú también luchaste por esta causa!

—Ya no luché por nadie, sino por mí—replicó Richard sin cambiar de tono ni de actitud, y con una más marcada frialdad—. ¡Yo soy la única causa que me interesa!

Ilsa hizo un esfuerzo por contener toda su desbordada pasión, toda su infinita ansia de amor:

—Recuerda que nos quisimos...—suplicó—. Si aquel cariño significa algo para ti...

Pero él interrumpió, brusco y burlón:

—En tu caso, no apelaría a nuestro amor... Es un truco muy malo.

—¡Escúchame, por favor!... ¡Si rupieras la verdad!—exclamó Ilsa con vehemencia.

—No te creería—afirmó él, imperturbable—. Eres capaz de todo con tal de conseguir lo que pretendes.

Con un esfuerzo inaudito se sobrepuso ella al dolor que le produjeron estas palabras y que llevaron a su imaginación las que hacía poco le había susurrado su marido:

"No es necesario que lo digas, Ilsa... ¡Lo creo!"

Pero eran aquéllos momentos decisivos, trascendentales. Su dolor no contaba en ellos. Era muy otra la causa que se debatía. Debía ir directa a la consecución de su fin y tenía que cerrar los ojos a todo cuanto no fuera marchar derecha por el camino que se había trazado.

—Quieres avergonzarte de ti, ¿verdad?—le dijo—. Cuando hay cosas tan importantes en juego, tú sólo quieres pensar en ti mismo... Porque una mujer hirió tus sentimientos, te desquitas con el resto del mundo... ¡Eres un cobarde!

Tembló la voz en su garganta, como si fuera a romperse en un desgarrado sollozo de desesperación. Se dominó con firme voluntad, y añadió:

—¡Oh, Richard, perdóname!... Eres nuestra última esperanza. Si tú no nos ayudas, Laszlo morirá en Casablanca...

—No es un mal sitio—contestó Rick secamente—. ¡Qué importa eso? Yo también moriré en Casablanca.

Ilsa, hierática, erguida en toda su arrogante figura, sacó un revólver de su bolsillo y apuntó directamente al corazón de Rick:

—He procurado que razonaras... Lo he intentado todo, aplicándote...

te... ¡Pero ahora exige esos pasaportes! ¡Ve a buscarlos!—ordenó.

Rick no dió la menor muestra de asombro ante aquel ataque. Señaló el bolsillo de su chaqueta y contestó, imperturbable:

—Aquí los llevo. Si Laszlo y su causa significan tanto para ti, sé que eres capaz de todo. Te facilitaré el camino. ¡Vamos, dispara!—añadió, avanzando unos pasos, hasta que el revólver rozó su pecho—. ¡Si vas a hacerme un favor!—dijo, medio en broma, medio en serio, desafiando el peligro con serena indiferencia.

Por espacio de un segundo Ilsa tuvo la tentación de disparar; una nube negra había ensombrecido su frente; pero fué todo un instante nada más. Vencida por la emoción, derrotada por el amor, por la gran pasión de su vida, dejó caer el revólver de su mano temblorosa y se arrojó en brazos de Rick sollozando desoladamente, con esos sollozos convulsos en que se deshacen las grandes catástrofes del corazón.

—¡Richard!... ¡Oh, Richard!...—gemía, en sincopadas palabras.—Intenté alejarme de ti... Supuse que jamás volvería a verte, que conseguiría olvidarte... ¡Si supieras lo que sufrí el día que te marchaste de París!... ¡Si supieras lo mucho que te quería... lo mucho

que te quiero!—se corrigió, sollozando incansablemente sobre el pecho de aquel hombre al que la unía un grande amor.

Rick la obligó a sentarse en el diván y se sentó junto a ella; le tenía cogida una mano y contemplaba aquel rostro tan bello, más bello ahora con el encanto infinito de las lágrimas.

Isa hablaba, hablaba, hablaba... Parecía como si hiciera mucho tiempo que llevara dentro del pecho aquel secreto de su vida que necesitaba expansionarse, decirlo, contarlo, para que no la ahogara dentro del pecho, para arrancarse aquel áspid venenoso que emponzoñaba todas las horas, todos los instantes de su existencia.

Proseguía un relato interrumpido bruscamente:

—...poco después de haberme casado, Victor volvió a Checoslovaquia. Lo necesitaban en Praga. Pero la Gestapo lo sabía... y lo metieron en un campo de concentración. Yo estaba desesperada, loca. Meses más tarde me dijeron que le habían matado cuando intentaba escapar... Me encontré sola en París; no tenía siquiera esperanzas... ¡Entonces te conocí!

Rick la escuchaba con toda su alma puesta en sus ojos oscuros y tristes.

—¿Por qué no me dijiste la ver-

dad? — preguntó con voz dulce, como si hablara a una niña, como si quisiera, con su acento, poner un bálsamo en las heridas de aquella pobre alma femenina que tanto había sufrido, que tanto debía sufrir.

—No podía hacerle, Richard... Ni nuestros más íntimos amigos sabían que estaba casada con Victor Lasso... Así me protegía, porque yo estaba enterada de muchísimas cosas y si la Gestapo hubiera averiguado que era la esposa de Lasso, hubiera sido peligroso para mí... y también para los que trabajaban con nosotros...

—¿Cuándo supiste que no había muerto?—preguntó Rick, tras un breve silencio en el que pareció recorrer una larga trayectoria su pensamiento.

—Cuando tú y yo nos disponíamos a salir de París—replicó Isa con voz apagada, interrumpiéndose, como si aquellas palabras le causaran todavía más hondo dolor—, cuando creíamos haber alcanzado toda nuestra felicidad... vinieron a decirme que Victor vivía aún. Lo habían ocultado en las afueras de la ciudad y estaba enfermo. ¡Me necesitaba!... Quise decirte; pero no lo hice porque sabía que no te hubiera marchado... y la Gestapo te hubiera de-

tenido. Entonces... ya sabes lo que ocurrió después...

Rick la miró largamente, intensamente, y luego, con palabras lentas, le dijo:

—Sigue siendo una historia sin final, Ilsa... ¿Qué va a ocurrir ahora?

—No lo sé— replicó Ilsa abrazándose a él, como si buscara en su pecho protección y amparo—. Lo único que sé es que ahora no podría separarme de ti.

—¿Y Laszlo?

—Le ayudarás... ¿verdad?— suplicó ella, sonriendo ahora con dulzura—. El tendrá su trabajo y todos sus ideales y todo aquello por lo que siempre luchó...

—Pero ya no te tendrá a ti— comentó Rick en tono grave.

—¿Oh, Rick... ya no puede más!— gritó ella con pasión—. ¡Ya no soy capaz de razonar! ¡Ya no sé lo que está mal, ni lo que es justo! ¡Ya no sé nada, nada más que te quiero y que sin ti no me es posible vivir! ¡No puedo pensar en nada más que en esto! Ahora tendrías que razonar tú por los dos... por todos...

—Está bien... Lo haré...— afirmó Richard, como si acabara de tomar una resolución enérgica y trascendental, mientras acariciaba suave, dulcemente, la cabeza de

Ilsa, abandonada, entregada incondicionalmente a sus caricias.

—¡Ojalá no te quisiera tanto, Richard!...— suspiró ella, muy queda, como si pronunciara una oración.

Un ruido inusitado abajo, en el café, interrumpió el diálogo. Rick abrió la puerta y miró: abajo, ante el mostrador, estaban Carl y Laszlo, éste herido sin ónda, puesto que Carl se apresuraba a lavarle y vendarle con un pañuelo el brazo. No causó extrañeza a Rick ver juntos a los dos hombres; desde hacía mucho tiempo conocía sobradamente las actividades de su cajero—como lo demostrara, cierto día, el brándis que hizo con un matrimonio refugiado que al fin podía partir hacia América—y no se alarmaba por ellas. Estaban en Casablanca. Esto lo explicaba todo. Y la causa por la que trabajaban Laszlo y Carl y tantísimos centenares de miles de hombres, no le era una causa antipática, aunque fingía estar al margen de todo y al borde de la más despiadada indiferencia hacia cualquier ideal humano.

Hizo un gesto vago a Ilsa para que se escondiera en la sombra; luego llamó a Carl, lo metió en su despacho y le dijo en voz baja:

—Acompaña a la señorita hasta su hotel y cuida de no tener encuentros desagradables.

Y cuando hubieron salido, bajó iraquillamente al bar, como si hu-

biera abandonado momentáneamente un trabajo cualquiera, uno de los trabajos habituales del día en los que no se pone ni gran interés ni una máxima atención.

CAPÍTULO V

EL AVION DE LISBOA

Rick se acercó a Laszlo y le preguntó con indiferencia:

—¿Han estado a punto de casarse, eh?

Laszlo contó que la policía los había perseguido de cerca al salir de una reunión, y que, al intentar saltar una valla, se había hecho una pequeña herida en la muñeca.

—¿No ha pensado alguna vez— preguntó Rick— si el objetivo de la lucha a la que está entregado con tanto afán, merece tantas fatigas?

—Es como si me preguntara por qué respiro— replicó Laszlo mientras intentaba anudar un pañuelo en torno a la muñeca herida—. Si no respiráramos, moriríamos... Y si no luchamos encarnizadamente contra el enemigo... el mundo morirá...

—¿Qué importa! ¡Así acabará con sus miserias!— exclamó Rick, en aquel tono un poco indiferente y un mucho cínico que adoptaba cuando hablaba con ciertas gentes.

Laszlo le miró sin sorpresa y luego le dijo, sin dejar de mirarle fijamente con sus ojos claros y nobles:

—Sospecho que es usted un hombre que intenta convencerse a sí mismo de algo que, en el fondo, no cree.

—Parece saber usted muchas cosas acerca de mí— comentó Rick, sarcónicamente.

—Sé más de lo que supone— replicó Laszlo. Y con franqueza, sin ambages, añadió—: Sé, por ejemplo, que ama a cierta mujer... Tal vez, por extrañas circunstan-

cias, los dos estamos enamorados de la misma mujer...

Rick escuchaba sin replicar. Esperaba a que Lazzlo continuara aquella conversación que él había iniciado. Y Lazzlo continuó, siempre con una franca nobleza en el rostro y en la voz:

—Supe en seguida, el día en que entramos por primera vez en este café, que había habido algo entre usted e Ilsa... Puesto que nadie es culpable, no pido explicaciones; pero ya que no quiere darnos los pasaportes... le ruego que salve a mi esposa. Le pido, por favor, que utilice esos documentos para que ella salga de Casablanca.

—¿Tanto la ama? — preguntó Rick con honda intención.

—Al parecer, usted ve en mí sólo al jefe de una causa, olvidando que también soy un ser humano... Sí, tanto la amo — afirmó Lazzlo seriamente.

Pero la policía interrumpió la conversación de los dos hombres. La pista de Lazzlo había sido seguida muy de cerca y, reforzadas las fuerzas que le seguían, habían conseguido derribar la puerta del café y proceder a la detención del que había logrado, hasta entonces, escapar a la vigilancia de sus enemigos.

Rick, encerrado en su habitación, no durmió en toda la noche.

Se entregó a meditar intensamente acerca de lo que debería hacer en aquellas circunstancias, acerca de cómo debería proceder para conseguir lo que se proponía; cuál sería el mejor de los caminos para llegar allá donde él quería ir.

Al día siguiente y a la hora en que estaba seguro de hablar al prefecto de policía en su despacho, a aquel viejo zorro de Renault, fué a verle y, sin rodeos, hablando con él como con un viejo amigo con el que es fácil entenderse con pocas palabras, le dijo:

—Deje usted en libertad a Lazzlo hoy mismo; ahora mismo, si puede ser.

Y ante la mirada interrogadora de los ojillos vivaces del prefecto, añadió, bajando la voz y haciendo el tono más confidencial:

—Ahora sólo puede usted imponerle un arresto de treinta días... Déjelo en libertad hoy mismo... y no crea que le propongo esto por afán de ayudar a Lazzlo, no... ¡Todo lo contrario! Lo que deseo es proporcionarle a usted un motivo excelente para hacer ingresar a ese hombre en un campo de concentración... Este le valdría un ascenso, ¿no es cierto, Renault?

—Desde luego, Alemania... perdón, quise decir Vichy, se mostraría agradecido del servicio—abrió el prefecto, sin saber concre-

tamente hasta dónde iría Rick en su ofrecimiento.

—Pues bien... deje a Laszlo en libertad hoy mismo... y vaya usted a mi café media hora antes de la salida del avión de Lisboa... Yo habré citado a Laszlo y usted le podrá detener en el momento en que yo le entregue los dos pasaportes que robaron a los correos asesinados... Entonces podrá usted acusarlo de complicidad en esas muertes...

Ante la mirada atónita de Renault, Rick afirmó:

—Si, tengo los pasaportes en mi poder... y pienso utilizarlos para mí y para una persona que a usted también le interesa mucho...

—¿La señorita Ilsa Lund? —preguntó Renault, comprendiendo.

—Ella misma... Endosaré los pasaportes a su nombre y al mío y saldremos de Casablanca...

Renault se apoyó en el asiento de la silla, lanzó un suspiro y exclamó, con desenfado:

—¡Rick, voy a echarle de memoria!... Al parecer es usted el único en Casablanca que tiene manos escrupulosas que yo...

—Gracias. Ahora, para convenirle de mi buena fe, voy al locutorio del calabozo para ultimar los detalles con Laszlo. Caerá en la trampa, estoy seguro. ¡Ah... y otra cosa que quiero recomendar-

le, Renault! Díga a sus señores que le dejen en paz cuando quede libre... ¡Que yo no los vea esta tarde!... No quiero dejar nada a la ventura, Louis, ni con usted siquiera —añadió Rick, mostrando la absoluta desconfianza que le inundaba todo cuanto estaba a su alrededor.

Rick actuó rápida, certeramente. Después de haber hablado con Laszlo y de haber llegado a un acuerdo con él, corrió al encuentro de Ferrari y le vendió su establecimiento con todas sus existencias. Hacía mucho tiempo que Ferrari suspiraba por poseer el acreditado café de Rick, y no fué perfiada la lucha en cuanto a la cuestión de precio y condiciones de venta: Ferrari se sometía a todo; y Rick, por su parte, no ponía dificultades. Quedó pronto el trato cerrado.

—¡Redactamos un documento, o bastará con un apretón de manos?—preguntó el grueso Ferrari.

—Desde luego no basta, pero tengo mucha prisa—replicó Rick, estrechándole la mano, como si esto sellara en firme todo lo pactado—. Ya sabe que Sam debe percibir el veinticinco por ciento de los beneficios, y que Carl, Encha y Abdél deben continuar en sus empleos respectivos...

—De acuerdo, de acuerdo—afir-

mó Ferrari, satisfecho del negocio que acababa de realizar, convirtiéndole en dueño del café más afamado de Casablanca, del que hasta entonces había sido únicamente proveedor de múltiples gé-

neros, sobre cuyos precios convenidos tenía siempre que discutir para obtener, con su marrullería clásica, un tanto por ciento extraordinario... por gastos que aumentaban su propio lucro.

• • •

Ya había oscurecido cuando Renault llegó al café de Rick. Este estaba esperándole junto al mostrador y, al verle llegar, observó, después de haber consultado su reloj:

—Se ha retrasado usted.

—No lo crea. Acaban de informarme mis agentes de que Lazzio ha salido del hotel en este momento.

—¿No habíamos convenido en que retiraría a sus abuelos? — preguntó, de mal humor, Rick.

—No lo seguirán hasta aquí... se lo aseguro — afirmó Renault. Y luego, mirando en torno suyo la vasta sala del café, solitaria y silenciosa desde que su autoridad le había mandado clausura, murmuró: — Este café no será el mismo sin usted, Rick.

Y dió un hondo suspiro, pon-

sando en las ganancias fijas que el café le proporcionaba, como premio a su comprensión y a su discreción.

—Sé a lo que se refiere; pero ya hablé de esto con Ferrari... Seguirá usted ganando a la ruleta, Renault.

—Gracias—sonrió el prefecto—. Y ahora, dígame... por mera curiosidad... ¿dónde estaban los pasaportes cuando registramos todo eso?

—En el interior del piano de Sam — contestó Rick con franqueza.

—¿Me está bien, por no ser aficionado a la música?

Rick le hizo un gesto expresivo que Renault comprendió. Se había oído en la calle el ruido del motor de un coche que había parado a la puerta del café, y el prefecto su-

bió precipitadamente al piso superior para esperar allí el momento oportuno de echar el guante a Laszlo y dejar en libertad a la feliz pareja...

Ilsa entró la primera en el café, llegó hasta Rick y le preguntó en voz baja y precipitada:

—Richard... Victor cree que me voy con él... ¿No le has hablado todavía?

—No, aun no... Se lo diremos en el aeropuerto... Cuanto menos tiempo tengamos para pensar, mejor para todos. Debes confiar en mí—dijo Rick, dirigiendo a Ilsa una larga mirada enigmática.

—Sí, confío en tí — murmuró Ilsa.

Pero un estremecimiento recorrió todo su cuerpo, un estremecimiento de angustia infinita, de terrible inquietud... Era como si el latigazo que recibiría Victor al saber que le habían traicionado, que le habían engañado haciéndole creer que ella partía con él de Casablanca, para dejarle luego allí, solo para siempre, lo recibiera ella en su propia carne, en su alma, en todo su ser, como un castigo a su pecado, como un fustazo dado a su espíritu para que reaccionara.

Pero su espíritu estaba envuelto en la gran pasión de un amor arrollador, y se sentía invulnera-

ble. Reaccionó al ver entrar a su esposo que avanzó sonriendo hasta Rick y, estrechándole la mano, le decía:

—No sé cómo agradecerlo, *monsieur Blaine*...

—Déjelo... no se preocupe... Tenemos todavía que hacer muchas cosas y el tiempo apremia—contestó Rick fríamente.

—Le traigo el dinero.

—Guárdelo. Lo necesitaré en América—dijo Rick, rechazando lo que Laszlo le ofrecía.

—Hicimos un convenio...—quiso argüir Laszlo.

Pero Rick atajó:

—No se preocupe. No tendrá dificultades en Lisboa, ¿verdad?

—No; todo está arreglado.

Ilsa miraba a los dos hombres sin comprender. Sentía una angustia terrible atenazarle la garganta. La frialdad y el aplomo de Rick le daban miedo. La serena confianza de su esposo le causaba un profundo dolor, vergüenza de sí misma, humillación por no tener valor de gritar la verdad y de someterse a aquella villanía. Pero los ojos de Rick la miraban y en ellos encontraba la fuerza para seguir callando, para someterse, para sentirse vencida.

—Aquí tiene los pasaportes—dijo Rick, entregando a Laszlo los valiosísimos e inapreciables docu-

mentos— Están en blanco. Sólo deben estampar sus firmas.

—Gracias—murmuró Laszlo con una emoción que no lograba contener.

Pero en aquel instante la voz del prefecto se dejó escuchar, helando la sangre en las venas de Laszlo y de Ilsa.

—¡Victor Laszlo, queda usted detenido por complicidad en el asesinato de los dos correos a quienes fueron robados esos documentos! — dijo Renault, apareciendo ante el jefe de la resistencia.

Laszlo e Ilsa no acertaban a pronunciar palabra. La mirada de ella interrogaba, buscando los ojos de Rick; pero éste parecía desentenderse de todo y no miraba a Ilsa, no le infundía en este momento valor con su mirada, aquella mirada que la hubiera arrastrado a ella a todos los abismos.

Renault se echó a reír con sarcasmo y exclamó, triunfante:

—¿Les sorprende la conducta de mi amigo Ricky? La explicación es muy sencilla... El amor, según parece, ha triunfado de la virtud... De modo que, al quedar usted detenido...

La palabra se quedó helada en los labios de Renault. Rick avanzaba hacia él, pistola en mano, apuntando a su corazón:

—No se apresure, Louis... De momento no va usted a arrestar a nadie—dijo Rick.

—¿Ha perdido el juicio? — inquirió Renault, retrocediendo unos pasos.

—Quizá sí. Siéntese — ordenó Rick, señalándole una silla que había ante una mesa.

—Deje esa pistola — gritó Renault, queriendo hacer valer su autoridad.

Pero Rick no se amedrentó:

—Louis, me disgustaría tener que disparar contra usted... pero lo haré, si es necesario—dijo en un tono que no admitía dudas, en un tono que Renault conocía sobradamente, en un tono que decía bien a las claras que estaba dispuesto a todo y que haría lo que decía.

—Perfectamente — rezongó Renault, indignado—. En tal caso, me sentaré.

—Ponga las manos sobre la mesa—ordenó Rick, sin dejar ni un instante de apuntar con su pistola.

—Supongo que sabe lo que hace, Rick, si es que no se ha vuelto usted loco; pero quizá ignore las consecuencias que tendrá para usted su actitud.

—No lo ignoro. Después nos quedará mucho tiempo para hablar de todo esto. Ahora no es

momento de discutir, sino de obrar.

—¡Y para eso me obligó a que retirara a mis agentes! —sonrió Renault.

—Coja el teléfono y llame al aeropuerto — siguió ordenando Rick, en tono tajante—. ¡Y cuidado con lo que dice! No olvide que esta pistola le apunta el corazón...

—Lo menos vulnerable de mi persona—comentó el prefecto con aquel desenfadado cinismo de que solía hacer gala.

Descolgó el auricular y marcó un número: el correspondiente a la oficina del mayor Strasser.

—Oiga... ¿aeropuerto? — preguntó, al oír que era el propio Strasser el que contestaba a la llamada telefónica—. El capitán Renault al habla... Presentarán dos pasaportes para el avión de Lisboa... no les pongan ningún inconveniente...

Renault oía la voz de Strasser que preguntaba extrañado quién hablaba, de qué se trataba, si era una broma o si en realidad encerraban aquellas palabras alguna clave; pero Renault no se alteró y

habló hasta el final como si en realidad transmitiera sus órdenes al aeropuerto.

Cuando Renault colgó el teléfono, Strasser saltó de su asiento y ordenó inmediatamente que le prepararan su automóvil. Fuera lo que fuese, su deber era acudir al aeropuerto a investigar personalmente de qué se trataba. Aquella llamada telefónica encerraba un secreto y él debía desentrañarlo.

No se escapó a Strasser que aquel aviso podía ser algo relacionado con Victor Lazzio que intentaba escapar de Casablanca y de la vigilancia estrecha que sobre él se ejercía. Ordenó que una patrulla de policía se dirigiese al aeródromo y subió él a su automóvil y lo lanzó a toda velocidad por los caminos solitarios que conducían al aeropuerto, cerrada ya la noche, en aquella hora en que el avión de Lisboa emprendería el vuelo llevándose en sus entrañas tantas vidas agitadas y turbulentas, tantas ansias, tantas esperanzas y tantos temores de una pobre humanidad acosada, perseguida, desorientada en el torbellino de una guerra sin par en la Historia.

* * *

El aeropuerto estaba envuelto en sombras. La guerra había sumido al mundo en la más completa obscuridad. Sólo algunas luces azules, con grandes pantallas, daban aquí y allá su mortecua luz, la más indispensable para que los viajeros y cuantos se movían en torno al correo de Lisboa, pudieran circular sin peligro por el espacio enorme del aeropuerto.

El automóvil en que iban Lazzio, su esposa, Renault y Rick, se detuvo ante la estación, y todos se apearon de él. Rick seguía a Renault muy de cerca, sin dejar de amenazarle, con la pistola metida en el bolsillo de su gabardina. Rick era el que daba órdenes. Renault se limitaba a obedecerle, procurando hacerlo con lentitud, en espera de que Strasser tuviera tiempo de llegar y de evitar la fuga de Lazzio.

—Diga al ordenanza que acompañe al señor Lazzio y se ocupe de su equipaje—dijo Rick.

—Está bien: lo que usted quiera—replicó Renault.

Y dirigiéndose al ordenanza que esperaba sus instrucciones, le repitió:

—Recoja el equipaje del señor Lazzio y llévelo hasta el avión.

—A la orden—contestó el funcionario. Y volviéndose a Víctor Lazzio, rogó—: ¿Tiene la bondad de acompañarme, señor?

Cuando el ordenanza y Lazzio se hubieron alejado, Rick señaló a Renault una mesa situada junto al teléfono, y le dijo:

—Si no le importa, Louis, escriba usted mismo los nombres... Así será más oficial el documento...

—Piensa usted en todo, ¿eh?—respondió el prefecto, ya resignado, disponiéndose a escribir lo que Rick le ordenara.

—Van a nombre de señor y señora Lazzio—dijo Rick.

—Pero... ¿por qué?—inquirió Isa, con la voz temblorosa y en la mirada una angustia y una pena tan hondas que parecían presentir algo funesto, terrible... ¿Por qué a mi nombre?... ¿No dijiste que tú y yo?...

—Saldrás en el avión—se limitó a decir Rick, en tono firme y decidido.

—No lo comprendo — murmuró Ilsa dolorosamente—. ¿Por qué? ¿Y tú?...

—Me quedaré aquí con mi amigo el capitán Renault, hasta que el avión haya emprendido el vuelo — explicó Rick, simplemente, sencillamente, como si hablara de algo que no le afectara a él, tan honda, tan íntimamente.

Ilsa no comprendía, no acertaba a explicarse aquel súbito cambio de Rick, no podía aceptar la idea de dejarle solo en Casablanca, rodeado de enemigos, mientras ella volaba hacia la libertad... hacia una libertad que nada podía importarle si no podía gozarla junto con él.

—¡Oh, Richard!... — exclamó, dejando que las lágrimas resbalaran por su rostro ascongojado—. Anoche dijiste...

—Anoche dijimos muchas cosas — interrumpió Rick bruscamente—. Entre otras cosas, me dijiste que debía pensar por los dos... ¿recuerdas?

Ilsa bajó la cabeza, sintiendo. ¿Tenía razón Rick, ella no podía pensar? ¿Sentía demasiado para que el cerebro pudiera trabajar? ¿No había podido pensar la noche anterior, ni casi podía pensar

ahora!... Pero allí estaba Rick, que pensaba por los dos!

—Pues bien, Ilsa — continuó Rick, dulcificando el tono—. He pasado muchas horas pensando por ti, y por mí... y por él... y he llegado a la decisión de que salgas en el avión con Víctor, porque tu deber es permanecer a su lado.

—Pero... Richard... yo... Escúchame... — suplicó Ilsa, sintiendo que el corazón le sangraba, que algo muy hondo se desgarraba en ella, que un dolor agudo le apretujaba el alma.

Zumbaban ya los poderosos motores del avión. Rick alzó la voz para que ella pudiera oírlo:

—Eres tú la que debe escucharme, Ilsa — dijo, con dulce energía—. ¿Sabes lo que te espera si te quedas a mi lado? Lo más probable es que nos internen en un campo de concentración... ¿no es verdad, Louis?—preguntó al prefecto que aguzaba el oído para percibir si algún otro ruido, el del motor de un coche, se unía a los del avión con la esperanza de poder salir airoso de aquella situación en que se encontraba.

Al escuchar la pregunta que le dirigía Rick, Renault inclinó la cabeza afirmativamente:

—Temo que el mayor Strasser insista en ello, *mademoiselle*.

Ilsa se rebeló:

—No, no, no puedo creer en todo esa patraña... ¡Están mintiendo los dos para que yo me vaya! ¡Y yo me quiero quedar!... — un sollozo se rompió en su garganta e hizo esfuerzos inauditos por contener las lágrimas que le desbordaban de los ojos y resbalaban por sus mejillas, aquellas mejillas suaves y bellas como los pétalos de una rosa, que en aquellos momentos parecían rosas con rocío de la noche.

—Lo digo porque es verdad — afirmó Rick—. En nuestro interior los dos sabemos que debes marcharte con Víctor; eres parte de su trabajo; tú le animas a seguir luchando; eres como su propia alma... Si ese avión se marcha y tú no vas en él, un día te arrepentirás...

—¡No!... — dijo Ilsa, poniendo toda su alma de mujer enamorada ardientemente, en aquella negación.

—Hoy quizá no... y tampoco mañana... Pero pronto te arrepentirás, Ilsa... te lo aseguro...

—Pero... ¿y nosotros? — interrogó, sintiéndose ya vencida por la fuerza de Rick, sintiendo que él tenía razón, comprendiendo que la amaba tanto que sacrificaba su propio amor en aras de un porvenir más luminoso para ella.

—¡Nosotros?... — murmuró Rick

tristemente, con una pálida sonrisa en sus labios—. Tendremos el recuerdo de París... Lo habíamos perdido, ¿verdad?... hasta que viniste a Casablanca... Y anoche lo recobramos...

—Tú dije que nunca podría dejarte — arguyó todavía Ilsa.

—Y nunca te dejarás de mí — afirmó Rick con un intenso tono de cariñosa emoción—. También yo tengo algo que hacer... pero tú no puedes acompañarme allá donde vaya yo, ni puedes formar parte de mi trabajo, como con Víctor...

Los dos se miraban a los ojos; los dos estaban prendidos en aquel momento sublime en que los dos sacrificaban su pasión para cumplir con un deber. Ilsa estaba muda, pálida, tamborosa; se sentía empequeñecida y tímida ante la generosa grandiosidad de aquel corazón de hombre.

—Ilsa — continuó Rick, para acabar de convencerla —, yo no sirvo para hacer de héroe, pero puedo darme cuenta de que los problemas de tres personas tan insignificantes como nosotros, no tienen la menor importancia en este mundo... Algún día te darás cuenta de eso, aunque hoy te parezcan monstruosas mis palabras. Ilsa, no hores... no quiero verte llorar — añadió tiernamente, desha-

cienda con sus dedos las lágrimas que bañaban el rostro de la muchacha.

Isa procuró contenerse, intentó sonreír con aquella su dulcísima sonrisa, aquella sonrisa clara y serena de los días dichosos de París, pero le costaba un esfuerzo tan enorme que su sonrisa era como la máscara de su gran dolor.

Rick la abrazó dulcemente:

—Te adoro, Isa... ¡Eres un sueño!—le susurró al oído, también como en los días dichosos.

Laszlo llegó hasta ella. Estaba un poco nervioso por la marcha; excitado por el éxito conseguido con la obtención de aquellos inapreciables pasaportes.

—Ya está todo arreglado—dijo, queriendo abreviar las despedidas y tardándosele los minutos que faltaban para subir al avión y despegar.

—Todo, excepto una cosa—contestó Rick—. Hay algo muy importante que debe usted saber antes de marcharse.

Laszlo miró a Rick con una fría indiferencia y replicó:

—No le he pedido a usted explicaciones, monsieur Rick.

—A pesar de todo voy a dársele—insistió Rick—, porque más tarde podría surgir en usted una duda... que jamás debe ensombrecerle. Díjole usted que estaba co-

terado de lo que hubo entre Isa y yo, ¿verdad?

—Sí—afirmó Laszlo, sin atreverse a mirar a su esposa, que escuchaba aquellas palabras con una nueva inquietud en el corazón.

—Pero lo que usted ignora es que ella estaba en mi café anoche, cuando usted llegó. Fué a buscar los pasaportes... ¿no es cierto, Isa?

—Sí—asintió ella, sin saber hasta dónde quería ir Rick con aquella conversación.

—Vino a buscarlos y lo intenté todo para conseguirlos—siguió diciendo Rick—. Pero no tuvo éxito. Quiso convencerme de que aun me quería... pero eso... ¡eso ya pasó a la historia! ¿Verdad, Isa? Para salvarle a usted, fingió que no era así... y yo la dejé fingir...

—Lo comprendo—murmuró Laszlo.

—Aquí tiene los pasaportes debidamente firmados por el prefecto. Todo está en regla—dijo Rick, entregando a Laszlo los documentos.

—Gracias... muy agradecido... y bienvenido a la lucha—dijo Laszlo estrechando fuertemente la mano de aquel hombre tan hombre y tan valiente—. ¡Esta vez sé que ganaremos!

Rick se dejó estrechar la mano sin entusiasmo, y no replicó. Su

mirada estaba fija en Ilsa, que no apartaba de él sus grandes ojos luminosos llenos de lágrimas, aquellos ojos que le miraban con amor, con agradecimiento, con ternura, con pasión, con humildad, con un amalgama de sentimientos y sensaciones que le transmitían a través de su luz, aquella luz que sería para siempre la que iluminase su vida.

—¿Vienes, Ilsa? — preguntó Lászlo, encaminándose ya hacia el avión.

Ilsa miró a Rick, luego a su esposo; tuvo un momento de vacilación, de duda; pero en un súbito arranque que no admitía demora, murmuró:

—Sí, Víctor... ¡Adiós, Rick!... ¡Que Dios te bendiga!...

¡Que Dios te bendiga!... Con aquella misma frase se había alejado de él, en París; pero allí se sintió solo, defraudado, burlado por una mujer; y hoy se sentía más cerca de ella que nunca, porque sabía que si marchaba al lado de otro hombre, le llevaba a él hincado en el corazón de un modo definitivo.

Permaneció inmóvil, contemplando cómo se perdía en la bruma de la noche la silueta de la única mujer que realmente importaba en su vida, la única capaz de hacerle feliz y la única, también,

por la que había sabido sacrificarse con el más sublime de todos los sacrificios: la renunciación.

Lászlo e Ilsa subieron al avión, un empleado retiró la escalerilla, se cerró la portezuela y el aparato empezó a rodar por la pista de cemento, alejándose poco a poco su rugido.

Renaud observó a Rick y le dijo con sincera admiración:

—Tenía yo razón, es usted un sentimental.

—No se mueva de donde está... No sé de qué me habla—replicó Rick, con los ojos fijos en el avión que se alejaba.

—De lo que ha hecho por Lászlo... y del cuento de hadas que ha inventado para que Ilsa se marchara con él. Yo conozco a las mujeres, amigo Rick. Ella se fué... pero sabe que usted estaba mintiendo.

—Debo agradecerle la ayuda que me prestó, Louis.

—Supongo que se dará cuenta de que lo ocurrido nos va a costar muy caro... sobre todo a usted. Ahora voy a tener que arrestarlo, Ricky.

—Cuando haya salido el avión.

Apenas acababa de pronunciar estas palabras cuando llegó al aeródromo un automóvil descubierta. Strasser iba al volante, haciendo

do sonar furiosamente su claxon. Detuvo el coche violentamente y saltó al suelo, acercándose a Renault.

—¿Qué significa esa llamada telefónica?—gritó.

—Victor Laszio va a bordo de ese avión—contestó el prefecto.

—¿Por qué está aquí, quieto? ¿Por qué no lo impide?

—Pregúnteselo a *monsieur* Rick—respondió Renault.

El mayor Strasser miró airado a Rick, lo reprochó su intromisión en aquel asunto y, dirigiéndose al teléfono de la estación del aeródromo, llamó a la central. El americano, siempre con la mano en el bolsillo, le ordenó:

—¡Apártese del teléfono!

—No se mezcle en eso; se lo aconsejo.

—Estaba dispuesto a matar al capitán y estoy dispuesto también a matarlo a usted—exclamó Rick.

—¡Oiga! —gritó Strasser por medio del teléfono.

—¡Apártese de ahí! —repitió Rick.

Strasser no le hizo ningún caso e insistió:

—¡De prisa! ¡Torre de señales!

Al mismo tiempo, Strasser sacó una pistola automática de grueso calibre y disparó contra Rick, en el momento en que éste hacía in-

te a su vez. Los dos estampidos resonaron casi al mismo tiempo, pero Strasser cayó muerto al suelo, con el receptor aun sujeto por su mano izquierda. Rick resultó ileso.

Rick volvió a guardar su pistola en el bolsillo y, en aquel momento, llegaron dos automóviles de la Prefectura, llenos de agentes de policía. El americano esperaba que Renault iba a dar las órdenes oportunas para que se le detuviese como autor de la muerte del mayor Strasser, y se quedó muy asombrado cuando oyó que el prefecto decía:

—Han disparado contra el mayor Strasser... —Y, como orden, la frase también de rigor cuando ocurría algo anómalo—: Detenga a los sospechosos de costumbre.

—Sí, mi capitán—respondió el oficial que iba al mando de los policías, a quienes ordenó—: Ustedes en este coche. Los demás en el otro..

Los agentes recogieron el cadáver de Strasser, depositándolo en uno de los automóviles. Subieron a ellos y se marcharon, mientras Renault decía, con la mayor naturalidad del mundo:

—Bien, Rick. No sólo es usted un sentimental, sino que también se ha convertido en patriota.

—Me pareció un buen momento para empezar a serlo—contestó el americano sonriendo.

—Sí, tal vez tenga razón... Quizá fuese prudente que desapareciese usted de Casablanca durante una larga temporada. Hay una guarnición de la Francia libre en Brazavilla... Yo podría facilitarle el viaje.

Mientras hablaba en estos términos, que al mismo tiempo que le sorprendían aclaraban a Rick la lateate personalidad de Renault, éste cogió una botella de agua mineral, se llenó un vaso, para humedecerse los labios, después del mal rato pasado, y, al ir a dejar la botella encima de la mesa, dióse cuenta de la procedencia del líquido, nada menos que Vichy —Francia desquiciada—, hizo una mueca, la selló sobre una cesta de papeles y dió a ésta el puntapié

más significativo del mundo en aquellos momentos.

Luego, los dos hombres echaron a andar a través del aeródromo, rodeados por la bruma de la noche.

—¿Dice usted que me dará un pasaporte?—dijo Rick—. Bien. Haré un viaje, pero eso no anula nuestra apuesta. Sigue debiéndome diez mil francos, porque Laarlo, al fin, ha logrado escapar.

—Estos diez mil francos nos servirán para nuestros gastos.

—¿Nuestros gastos?—preguntó Rick.

—Eso es—exclamó Renault, dándole así a entender su intención de acompañarlo, revelándole con ello sus íntimos sentimientos.

—Louis—dijo Rick gravemente—, creo que éste es el principio de una buena amistad.

F I N



A
EN
DA
S,
D-
U
I.
S
-

Reg. nr. 12410
Cl.
.....

